

SOBRE LOS ARTRÓPODOS EN LA OBRA DE HERÓDOTO Y SU TIEMPO

Víctor J. Monserrat

Departamento de Zoología y Antropología Física, Facultad de Biología, Universidad Complutense, 28040 Madrid (España).
– artmad@bio.ucm.es

Resumen: La *Historia* de Heródoto puede considerarse la primera obra griega en prosa que se ha conservado, además del primer tratado de historia del Mundo Occidental y el punto de arranque de la historiografía moderna. Heródoto describió con sumo detalle la historia, las historias, los linajes, las hazañas, las guerras, las creencias y las costumbres de los pueblos del mundo entonces conocido, aportándonos una valiosa información que, sin su obra, se hubiera perdido para siempre. Es un texto erudito y enciclopédico que abarca desde el reinado de Ciro (558-529 a. C.) a la Conquista de Sesto por los griegos y la huida de los persas (479 a. C.) y que nos transporta a la mentalidad con la que los griegos veían las cosas y el mundo hace más de 2.500 años, y que sirvió de germen y origen a lo que hoy día llamamos Occidente.

Aunque la obra es más histórica, etnográfica o geográfica que naturalista, Heródoto cita numerosos animales (algunos reales y otros hoy considerados como fantásticos), y entre ellos, cita rituales, hechos, mitos, costumbres o anécdotas donde, de forma directa o indirecta, intervienen escarabajos, piojos, pulgas, mosquitos, neurópteros, ácaros, abejas, avispas, hormigas, gusanos, saltamontes, homópteros y otros animales presuntamente asignables a ciertos insectos como langostas o mantis, amén de los sempiternos derivados de la abeja: miel y cera, y por su puesto la seda.

En esta contribución citamos estas referencias arropodianas que menciona Heródoto, comentamos los antecedentes de estos datos, entonces existentes (principalmente a partir de Mesopotamia y Egipto), y se anotan las consecuencias que alguno de estos elementos tuvieron en el desarrollo de la mentalidad de Occidente en general y de la entomología en particular.

Palabras clave: Artrópodos, entomología cultural, Heródoto, historia griega.

On arthropods in the *History* of Herodotus

Abstract: The *History* of Herodotus can be considered the first Greek work in prose that has survived, apart from the first treaty in history of the Western World, and the starting point of modern historiography. Herodotus described in great detail the history, stories, lineages, feats, wars, beliefs and customs of the peoples of the then known world, providing us with valuable information that, without his work, would have been lost forever. It is an erudite and encyclopedic text spanning from the reign of Cyrus (558-529 BC) to the conquest of Sesto by the Greeks and the flight of the Persians (479 BC), and that transports us to the mentality with which Greeks saw things and the world more than 2,500 years ago, and which served as the germ and source of what we now call the West.

Although the tenor is more historical, ethnographic or geographical than naturalistic, Herodotus cites numerous animals (some real and others considered today as imaginary), along with rituals, facts, myths, customs and anecdotes where, directly or indirectly, are involved beetles, lice, fleas, mosquitoes, neuropterans, mites, bees, wasps, ants, worms, grasshoppers, homopterans and other animals presumably assignable to certain insects such as locusts or mantises, apart from the ever-present products derived from the bee: honey and beeswax, and of course silk.

In the present contribution, these entomological references mentioned by Herodotus are recorded, comments are made on the background of these data (mainly going back to Mesopotamia and Egypt), and consideration is given to the impact that any of these items had on the development of the West's mentality in general, and on entomology in particular.

Key words: Arthropods, cultural entomology, Herodotus, Greek history.

Introducción

Nuestra visión actual de las cosas es consecuencia de un largo proceso en la génesis de las ideas, de las historias y del saber que se han ido perfilando con las aportaciones que cada cultura ha contribuido al conjunto del conocimiento humano. No cabe duda que en lo que respecta a Occidente, con las aportaciones posteriores de otras civilizaciones como la islámica y la hebrea, sus orígenes han de buscarse en el Mundo Griego, que a su vez tomó numerosos elementos en su contacto con Oriente, principalmente Persia e India, y con otros pueblos mediterráneos, especialmente Egipto.

Muchos de los elementos que han perfilado nuestra actual forma de ser y de entender las cosas hunden sus raíces culturales en nuestra propia historia evolutiva y mucho más recientemente, y en el caso de Occidente, en la antigua Grecia, que perfiló nuestra forma de pensar, desde la génesis del pensamiento y el análisis, de la razón y de la verdadera Ciencia, la Astronomía, las Matemáticas, las Ciencias Naturales y la Medicina que nos ha llevado a su largo desarrollo hasta hoy

día, a los códigos estéticos sobre los que nos basamos con el culto al orden, la medida y el equilibrio en la idea de la belleza o a los elementos políticos, comerciales, literarios, filosóficos, religiosos, etc., que ellos gestaron, y que con su adaptación al Mundo Romano primero y al Cristianismo después, han configurado lo que hoy, mayoritariamente, conocemos como Mundo Occidental. El Mundo Griego sentó pues las bases de la Civilización Occidental tal como aún hoy la entendemos y muchos de sus conceptos aún hoy día los utilizamos y nos resultan absolutamente cotidianos y familiares.

Es interesante pues retroceder en el tiempo y apreciar cómo se entendían e interpretaban entonces las cosas y, en nuestro caso, cómo se usaban, afectaban y se explicaban elementos relacionados con los artrópodos (tanto su aspecto y formas, como sus acciones directas y sus derivados) en la vida, costumbres e historias de los pueblos del mundo entonces conocido (Lacariere, 1973, 1986), vistos desde la perspectiva del primer historiador conocido en Occidente, particu-

lamente rico en referencias entomológicas, y con todo ello tratar de ahondar en la génesis y origen de sus datos y tener la suficiente perspectiva para así comprobar cómo influyó su obra en la concepción de algunos de los artrópodos que menciona y así llegar, en nuestra cultura, hasta nuestros días.

Heródoto, su vida y obra

Muy pocos datos tenemos sobre la vida de este hombre al que llamaron *Heródoto de Halicarnaso*. Por algunas referencias más bien indirectas sobre él, como la del gramático *Dionisio de Halicarnaso*, quien vivió durante el imperio de *Adriano* y quien lo cita en su biografía de *Tucídides* (5) y la de *Pánfila*, mujer erudita que vivió durante el imperio de *Nerón*, y quien también lo cita en sus escritos, o por el propio contenido de sus textos, a través de los cuales se pueden fijar los acontecimientos históricos que conoció y describió. Se puede establecer su existencia entre poco antes de las Guerras Médicas y el inicio de la Guerra del Peloponeso (c. 490/480 – 429/425 a. C.). Sabemos que nació en Halicarnaso, colonia doria de Asia Menor bajo la protección de la reina *Artemisia*, de la que sabemos casi todo gracias a su obra. Hijo de padre cario y madre griega (*Lixes* y *Drió*) perteneció a una de las familias con mayor estatus de esta ciudad. Sabemos de la existencia de un hermano (*Teodoro*) y de un pariente cercano (*Paniasis*), poeta épico autor del poema *Ionica*, de quien debió adquirir su vocación literaria y quien parece le indujo a luchar por la libertad de su ciudad natal, en la que *Paniasis* murió, forzándole a abandonarla y emigrar a la cercana y jonia isla de Samos. Posteriormente contribuyó a la liberación de su ciudad natal, sometida a *Lígdamis*, tirano de Caria y sucesor de *Artemisia*. Su origen dorio le hará tratar con deferencia a la ciudad de Esparta y a su historia (especialmente frente a Corinto o Tebas), y en el año 445 a. C. le encontramos en Atenas, en cuyo reedificado *Odeón* leyó en público su *Historia*, obra que ahora nos ocupa, y por cuya lectura, y a propuesta de *Pericles*, la ciudad le recompensó con la nada despreciable suma de diez talentos (lecturas recogidas por *Sófocles* en su *Antígona* 441 ss) y le introdujo en el círculo cultural de esta gloriosa época ateniense. Un año después viaja a Turios, en la Magna Grecia, durante la repoblación griega de la zona (*Aristóteles* le cita como “ciudadano de Turios” en su *Retórica*, III, 9) donde pasó un tiempo, y le hallamos de nuevo en Atenas (432 a. C.) tras la reconstrucción de la *Acrópolis*, incendiada por los persas en el 480 a. C. (y destruida por segunda vez por *Jerjes* tras su entrada en septiembre del año 430 a. C.).

Es indudable que fue un incansable viajero (Alonso Núñez, 1987; Evans, 1991), y sin duda conoció los escritos históricos previos de *Hecateo de Mileto* o de *Jano*, pero sobre todo tomó de primera mano las referencias de los pueblos que visitó, no solo dentro de orbe griego (recabando información de los ciudadanos locales y estadistas) sino personalmente en países más alejados del Mar Negro, Chipre, Cirenaica, Tiro, y especialmente de Egipto y el Imperio Persa, que recorrió de extremo a extremo (Fernández Galiano, 1951; Balasch, 2008). Poco más de lo dicho sobre su vida hallamos en la bizantina enciclopedia sobre el mundo antiguo que conocemos como *La Suda* (s. X), que le dedica un artículo.

Su obra, conocida como *Historia* o *Historias*, fue redactada en jonio moderno (*Iàs Nea*). Sigue las pautas de *Homero*, cuyas *Iliada* y *Odisea* eran consideradas por sus contemporá-

neos como “verdadera historia” de la que la obra de *Heródoto* sería continuación, y salvando las lógicas diferencias de época y modos (también lo es en su estilística y narrativa), mantiene la confrontación Europa-Asia y, como haremos en Occidente hasta hoy en día, destaca la superioridad militar e intelectual griega respecto a los pueblos bárbaros (que no hablaban griego) que describe con detalle, remarcando la diferencia esencial entre la libertad de los ciudadanos en los estados y las *polis* griegas y la tiranía y despotismo bajo la que vivían los pueblos bárbaros, no sin ocultar su admiración por sus culturas y costumbres preciosamente detalladas y a los que no deja de tratar de forma equitativa y justa (Powell, 1967; Myres, 1968; Balasch, 2008), e insiste en los momentos más gloriosos de la historia (hasta ese momento) del inteligente y pequeño pueblo griego que llegó a imponerse sobre el expansivo, descomunal y poderoso Imperio Persa.

Uno y otro autor (*Homero* y *Heródoto*) serán considerados respectivamente como el primer poeta y el primer prosista de la Cultura Occidental, siendo su *Historia* la primera obra en prosa griega que se ha conservado y la que marca el inicio de la historiografía universal (Powell, 1967; Myres, 1968; Selincourt, 1963), tanto en la forma como en el estilo (mayoritariamente belicista) que seguirán siendo la “máxima” en el devenir de las historias de los pueblos y, consecuentemente, marcará la redacción de la *Historia* que se escribirá posteriormente hasta nuestros días.

A su vez, la obra de *Heródoto* nos muestra multitud de pasajes etnográficos, históricos y culturales en los pueblos entonces conocidos (griegos, egipcios, lidios, focenses, babilonios, masagetas, escitas, tracios, libios, etíopes, persas, etc.) (Thomas, 1997) con algunas referencias artropodias, que ahora recopilamos, información que sin su obra, no sólo se hubieran perdido para siempre, sino que no hubieran sido fuente de referencia e inspiración a la evolución del pensamiento y del conocimiento occidental, y con ellos de la Entomología.

No se conoce dónde y cuándo fue redactada su obra, siendo seguro la fusión en una obra de unidad apreciable a partir de diversas partes. Se ha sugerido durante su estancia en Turios, aunque es más probable que fuera redactada en diferentes sitios durante su largo peregrinaje. La referencia a su obra en la presentación de la primera comedia conservada de *Aristófanes* (*Los Acarnienses*, vv.525 ss.) en el año 425 a. C. nos da alguna pista de que por esas fechas no sólo ya había sido escrita, sino que era de dominio público (a diferencia del resto del orbe conocido, en Grecia la gente no sólo sabía leer... ¡sino que leía!). Otra cuestión es si nos ha llegado completa, incompleta o inacabada (como sin duda lo es la de *Tucídides*), y por ciertas referencias en su texto (*I, 106, 184 y VII, 213*) a lugares que dice tratará (y luego no aparecen por ningún lado) y otras referencias, como la de *Aristóteles* (*Historia animalium, VIII, 18*) que no aparecen en lo que de ella conocemos, parece deducirse que nos llegó incompleta.

Como pasará muchos siglos después con otros viajeros contadores de historias (y *Marco Polo* es un buen ejemplo), la obra de *Heródoto* tuvo sus críticos y oponentes, especialmente *Ctesias de Cnidos*, opositor a los griegos y establecido hacia el 405 a. C. en la corte de *Artajerjes Mnemon*, lo cual sugiere que ya desde antiguo, la veracidad de las historias dependerá de los intereses de quien las lea y las interprete, y sobre todo *Luciano de Samosata*, quien en su *Historia verdadera* escribió duras críticas a la obra herodotea a la que tilda

como “llena de embustes”. También *Estrabón* la descalifica por mezclar, según decía, mitos e historias que falsean la historia, y *Plutarco* que llegó a escribir un texto (*De Herodoti malignitate*) en contra de sus relatos. Referencias poseemos también de otro texto similar escrito por *Elio Harpocratió*n durante el reinado de *Augusto*. Aún así autores mucho más recientes y neutrales (Reinhardt, 1966; Grant, 1970; Gil, 1985; Lateiner, 1989; Schlögl, 2000; Luraghi, 2003; Kapuscinski, 2007; Balasch, 2008; Baragwanath, 2008, etc.) han alabado su labor y mayoritariamente apuestan por la objetividad y rigor metodológico de la mayor parte de su obra (hay cantidad de referencias en su texto, y aquí recogemos algunas, en las que el mismo *Heródoto* cuestiona, duda o pone en tela de juicio las opiniones o datos que él mismo redacta en función de la información aportada por sus informadores), dentro de sus opciones y recursos y dentro de los parámetros del pensamiento griego antiguo y de las limitaciones técnicas, geográficas y documentales del entonces mundo conocido (Selincourt, 1963; Thomas, 2000; García González, 2007; Kapuscinski, 2007; Balasch, 2008).

En cualquier caso resulta un relato lleno de referencias, casi fotográficas, que a modo de un reportaje periodístico nos documenta sobre multitud de elementos de un mundo ya perdido y que no hubiéramos podido conocer sin su aportación, siendo particularmente interesantes las referencias de países más alejados de donde disponía de mayor curiosidad pero menos información o más fabulada, y especialmente lo son el libro III dedicado a los pueblos más periféricos y orientales, el libro IV sobre los escitas y el libro II dedicado a Egipto, del que fueron tomadas (*in situ*) multitud de costumbres cotidianas de esta fascinante civilización que no hubiéramos conocido de otra forma y que posteriormente otros geógrafos como *Estrabón* (63 a. C. - 24 d. C.) o *Ptolomeo* (c. 100 – 170 d. C.) aportarán nuevos datos. Su legado sirvió de referencia a multitud de autores posteriores que lo siguieron como “libro sagrado” recurriendo a él como única fuente documental sobre pueblos y regiones muy alejadas de Europa de las que hasta casi dos mil años después, ya en el Renacimiento, no se volvería a tener nueva información.

La versión que nos ha llegado de la *Historia (Historias)* de *Heródoto* consta de nueve libros dedicados a la historia, linajes, hazañas, creencias y costumbres de diferentes pueblos (todo el orbe entonces conocido) y su relación entre ellos y con el Mundo Griego (principalmente en correspondencia a sus propias creencias y deidades griegas) mayoritariamente de carácter hostil o bélico, y abarca desde el Reinado de *Ciro* (558-529 a. C.) a la Conquista de Sesto por los griegos y la huida de los persas (479 a. C.). Cada uno de estos nueve libros está dividido en diferentes partes, capítulos o párrafos numerados. Para las localizar las reseñas anotadas en esta contribución apuntamos en caracteres romanos (el libro) y en caracteres árabes (el párrafo) correspondientes a donde éstas aparecen.

Texto diáfano, denso y enciclopédico, plagado de héroes, raptos de mujeres hermosas, ultrajes, venganzas, asesinatos, rescates, eunucos, juramentos, libaciones, magos, interpretaciones de sueños y de oráculos, mensajeros, presentes, navíos, asedios y mil y una gestas, hazañas y guerras que nos transportan a un mundo muy tangible, pasional y humano, marcadamente masculino. Aunque hay ciertas lógicas variaciones en función de la interpretación de los autores que lo han traducido, se nos antoja como un texto divertido, ameno,

ingenuo, lleno de referencias que incluso hoy día nos resultan muy actuales y cotidianas: “*los fenicios...apresaron algunas mujeres, las metieron en una nave, zarparon y se largaron a Egipto (I, 1), ...ella había tenido un lío con el capitán... (I, 5), estaba muy enamorado de su propia mujer y, locamente derretido, creía tener en su mujer a la más hermosa de todas (I, 8), ...comilona (I, 21), ...banquetazo (I, 22), ...pero esto yo no me lo trago... (I, 75), se puso a llover a cántaros (I, 87), yo lo sé muy bien, pero no lo voy a explicar (I, 193), estos pueblos (los masagetas) copulan a la vista de todos, como los animales (I, 203),...para esta gentuza... (I, 207)*”, etc., por citar solo algunas de las que, como ejemplos, aparecen en el primer libro.

En lo que se refiere al tema que nos interesa, y a diferencia de otros textos clásicos, el de *Heródoto* no es un texto especialmente prolijo en referencias al medio biológico natural (sí lo es del medio geográfico de paisajes, ríos, montañas, costas, islas, etc.) y especialmente no profundiza demasiado en referencias a sus floras y faunas (mayoritariamente las refiere como “bosques” o “fieras salvajes”), y hay poca profusión de datos animalísticos, aunque, como es lógico, hace cierto hincapié en animales por él nunca vistos y/o a animales sagrados, sobre todo de Egipto (II), India (III) o Libia (IV). No obstante hay citados delfines, jabalís, perros, caballos, tortugas, ovejas, mulos, atunes, serpientes, camellos, leones, vacas, cabras, liebres, lobos de mar, gorriones, peces, focas, moluscos, milanos, golondrinas, grullas, cocodrilos, gansos, palomas, crócalos, ibis, halcones, gatos, musarañas, zorras, osos, lobos, sanguijuelas, reyezuelos, hipopótamos, anguilas, codornices, ocas, ratones, buitres, murciélagos, cuervos, nutrias, castores, burros, ranas, avestruces, lagartos, elefantes, antílopes, gacelas, búfalos, hienas, puercoespines, carneros, chacales, panteras, erizos, comadreja, además de algunos no asignables (*origes, bories, zegeris*, ratas bípedas, etc.) probablemente referidos a antílopes o jerbos, peces sin espinas que sugieren esturiones (*antaceos*) y otros de agua dulce desconocidos (*pápraces* y *tilones*), hombres y mujeres salvajes en el sur del desierto de Libia (África Ecuatorial) (probablemente gorilas o chimpancés), amén de asnos y serpientes cornudos, incluso describe el ave fénix (II, 73) y serpientes aladas (II, 75, 76, III, 107, 109), pero también, directa o indirectamente, cita escarabajos, piojos, pulgas, mosquitos, neurópteros, ácaros, abejas, avispas, hormigas, gusanos, saltamontes, homópteros y otros animales presuntamente asignables a ciertos insectos como langostas o mantis, amén de los sempiternos derivados de la abeja: miel y cera, y por su puesto la seda.

En esta contribución anotamos los elementos artropodios citados o descritos en la obra de *Heródoto* que hemos considerado interesantes reseñar, anotando, como hemos indicado, la referencia en caracteres romanos (el libro) y con caracteres árabes (el párrafo) correspondientes a cada referencia donde se citan los elementos entomológicos que nos interesan y hemos recabado, y éstos se exponen agrupados en relación a los diferentes grupos artropodios (asignables a ciertos órdenes de insectos y quelicerados), a ciertas parasitosis, a costumbres alimentarias o a la utilización de artrópodos y/o derivados: seda, miel, cera en sus costumbres, rituales o creencias, elementos que no sólo nos transportan a un mundo pasado donde la presencia artropodiana era cotidiana, evidente y relevante, sino que nos ayudan a entender muchos de los mitos y creencias que sobre ellos han devenido en la historia y creencias de Occidente, y comprobar que algunas de sus

aportaciones sobre los artrópodos marcaron la impronta del pensamiento y de las manifestaciones del hombre occidental sobre estos animales (y del Cristianismo en particular), improntas lejanas en el tiempo pero de las que, en ocasiones, aún persisten secuelas hoy en día.

Los artrópodos en *La Historia* de Heródoto

Aunque como hemos indicado, para favorecer la lectura, hemos tratado de dividir las referencias artropodianas obtenidas de la obra de *Heródoto* en diversos apartados relacionados con la miel, la cera, las prácticas funerarias, las costumbres alimentarias, las citas de algunos grupos de insectos-arácnidos en particular (o asignables a ellos), o las referencias artropodianas indirectas, es imposible evitar que unos y otros se mezclen, ya que están íntimamente interrelacionados y podrían pasar de un apartado a otro indistintamente. En cualquier caso hemos tratado de organizar las referencias como se ha citado, y rogamos al lector que se olvide por un rato de la Entomología como hoy día la entiende y se sumerja en el fascinante Mundo Griego y de cómo ellos veían, sufrían y disfrutaban los artrópodos.

Aspectos culturales relacionados con la miel y la cera de abeja

La miel en el mundo griego era un manjar de dioses (nunca mejor dicho) reservado para unos pocos, y por ello está permanentemente citada en rituales, libaciones, ofrendas, etc., ofrecidas a los dioses o a ciertos personajes con ellos vinculados. Veamos algunos pasajes en relación a este apícola producto del que luego haremos alguna otra referencia.

Es conocido, y así refleja en su obra, que los atenienses “creen que en la Acrópolis vive una gran serpiente: yo no lo creo ni lo dejo de creer, pero ellos les ofrecen tortas con miel, que realmente desaparecen”. Se supone que devoradas por la serpiente, que vivía bajo el *Erecteo* y recibía culto junto a *Atena Polias*, protectora de la ciudad (tomado de Balasch, 2008). En un pasaje de su obra, tras la invasión persa de Grecia, poco antes de la Batalla de Salamina (430 a. C.), hace referencia de esta serpiente protectora de la *Acrópolis* y de los pasteles de miel que le ofrecían mensualmente los atenienses. El caso es que: “*Tiempos atrás estos pasteles de miel siempre eran devorados, pero ahora (tras la invasión persa) quedan intactos. Cuando la sacerdotisa los avisó de ello, los atenienses se prestaron aún más, y más voluntariamente, a abandonar su ciudad, puesto que la diosa había abandonado su Acrópolis*” (VIII, 41).

Sobre el pasaje de los trescientos muchachos que *Periandro*, hijo de *Cipselo*, había mandado a la corte de *Aliates*, en Sardes para que fueran castrados, y tras alguna peripecia y llegados a la Isla de Samos: “*Organizaron coros de doncellas y de mozos samios, y dictaron una norma según la cual estos coros llevaran consigo tortas de sésamo y de miel, para que los muchachos de los corcireos (elevado linaje de Corcira de los que procedían) las robaran y dispusieran de alimento*”. El envío de estos muchachos está documentado en el año 590 a. C., y esta práctica era frecuente en la antigüedad, así en los mercados de esclavos de Éfeso y de Sardes se ofrecían muchachos castrados, y también era habitual tenerlos en disfrute, actos de culto, custodia de harenes, como guardias, cocineros, etc., y eran motivo de impuesto entre los persas, y *Darío* en su recaudación entre las veinte demarcaciones tributarias o sa-

trapías en que dividió los territorios limítrofes a su imperio, y para la novena, la de Babilonia y el resto de Asiria, exigía el pago de mil talentos de plata y quinientos adolescentes castrados como tributo anual (III, 92). También los más bellos hombres jonios sufrieron esta práctica (VI, 32) y junto a sus más bellas doncellas fueron llevados ante el “insaciable” *Darío*.

También entre los egipcios menciona un tipo de ofrendas y rituales asociados a la miel, y sobre el sacrificio de los toros (no sacrificaban vacas que estaban consagradas a *Isis*) (II, 39-41) indica que, tras cortarles la cabeza y despellejarlo, “*extraen al animal todo el vientre, pero le dejan dentro del cuerpo las vísceras y la grasa. Le cortan las patas, los cuartos traseros, las espaldillas y el cuello. Cuando han terminado de hacerlo rellenan el cuerpo del toro con panes puros, miel, pasas, higos, incienso, mirra y otras especies aromáticas. Efectuado el relleno con todo esto, ponen la víctima al fuego para el sacrificio, y vierten sobre ella aceite en abundancia*” (II, 40). También podemos citar (aunque *Heródoto* no lo menciona), al cocodrilo de *Crocodilópolis* que se le daba de comer un pastel de miel, harina, huevo y manteca. Sí menciona que en la región de Tebas y el lago Meris se los cuidaba hasta serles familiar. “*Le adornan las orejas con colgantes de cristal y de oro y le ponen brazaletes en las patas delanteras*” (II, 69). En II, 68 aporta interesantes (no se las pierdan porque son algo surrealistas) observaciones sobre este animal, como en II, 71 lo hace de los hipopótamos o en III, 103 del camello.

Muy interesante es la referencia que hace de los gigantes libios (Libia para los griegos representaba todo el continente africano conocido, mucho más al oeste y al sur de la actual Libia, excepción hecha de Egipto y Etiopía, y algunas de sus descripciones rebasan con creces zonas situadas muy al sur del actual desierto del Sahara), de los que anota (IV, 194): “*En sus tierras las abejas producen mucha miel, pero se dice que allí unos hombres la producen artificialmente en cantidades muy superiores*”. Lo cual podría sugerir su domesticación y producción artesanal que apoya o amplía los datos conocidos sobre el desarrollo de la apicultura en África (Fraser, 1951; Crane, 1983, 1999).

Se da por hecho que la recolección de miel en la naturaleza se pierde en los orígenes del hombre, y que una verdadera apicultura se fue gestando y perfeccionando desde la domesticación de los primeros animales en los asentamientos neolíticos ya desarrollados, y evidentemente en los pueblos del Próximo y Medio Oriente (Fraser, 1951; Crane, 1983, 1999; Monserrat, 2011). Aunque podría haber cierta confusión etimológica/ terminológica o cierta mezcla entre el término miel (de abeja) y miel (del jugo azucarado de la palmera datilera), y ya *Heródoto* anota de los babilonios que hacen miel con dátiles de palmera (I, 193) y de los habitantes de Calatebo en Lidia, que hacían miel con tamarisco y trigo (VII, 31), por lo que habría que ser precavidos ante algunas de las referencias a la miel de los textos clásicos en relación a estos pueblos, sabemos que la miel de abeja era conocida en la medicina de los Sumerios, Babilonios y Asirios, siendo empleada tanto por el *Ashipu* (mago experimentado) como por el *Asu* (médico que prescribía los remedios). Entre ellos son frecuentes las escenas narrativas, a veces festivas o eróticas relacionadas con la miel que se mezclaba con el vino y la cerveza que eran bebidas muy habituales entre los Sumerios y, consumidas desde el cuarto milenio, se bebía con pajitas

como aparece en las *Tumbas Reales* de Ur. También la miel, junto al agua bendita, cerveza, vino, vinagre, etc., eran empleadas en rituales de libación y ceremonias del Nuevo Año y de ofrendas, de las que haremos referencia posteriormente, y no puede demostrarse, pero muy seguramente muchas de las escenas de libación y ofrendas pudieran participar de miel. Hay textos cuneiformes con recetas y propiedades curativas y cicatrizantes de la miel y la cera que atestiguan su empleo (como el *Manual de medicinas* de la Universidad de Filadelfia, del III milenio a. C.), y otros elementos atestiguan que la miel estaba enormemente extendida en muchos otros rituales, conmemoraciones y proezas (la primera cita aparece en un cilindro donde se describe la construcción de un nuevo templo para el Dios *Ningirsu* por Judea en Lagash datada c. 2.450 a. C.). También aparece la miel en los textos babilonio de *Hammurabi* (2.123 – 2.081 a. C. / 1.728 – 1.686 a. C.) cuando se alcanzó un notable desarrollo social y jurídico, según refleja su conocido *Código*, labrado en 2,25 m de diorita para el *Templo al Dios Sol* de Babel, con la intención de “disciplinar a los libertinos y a los malos, e impedir que el fuerte oprima al débil” con leyes que, en algunos casos se nos antojan actuales (divorcio, incesto, adulterios, etc.) y penas para los juzgados con castigos (flagelación, mutilación) y ejecución (empalamiento, cremación y ahogamiento) y donde no faltan referencias literario/alegóricas al mundo animal y a los artrópodos en particular (como las sentencias del Rey *Asarhaddon* (680 – 669 a. C.) a sus vasallos: “... Así como la oruga no vuelve a su capullo, tú no volverás a tu mujer ni a tus caballos, ... Como la langosta devora.... piojos y orugas devorarán tu tierra...”).

En lo referente a la apicultura propiamente dicha, existe la primera constancia del cultivo de abejas entre los Hititas por una referencia legislativa sobre el daño a colmenas, el hurto de abejas y el empleo de miel en pociones (datada hacia el 1.650 a. C.). De ellos tomaron sus técnicas los pueblos circundantes, bien llevadas a través de las rutas comerciales o bien siendo asumidas por los pueblos que los invadieron o llevándolas a los pueblos que ellos mismos invadieron, siendo evidente el caso de los egipcios, de los que ahora hablaremos, que acabaron disponiendo de una verdadera industria de producción apícola.

A partir de aquí ya aparecen textos con referencias explícitas al cultivo de las abejas, e interesante resulta la estela asiria del rey *Shamash-reshusur*, que gobernaba Suhu, cerca de Ana, quien a mediados del s. VIII a. C. (probablemente entre 783 – 745 a. C.) mandó grabar sus proezas, especialmente su éxito ante los ataques de *Asurbanipal*, y en esta estela, que posteriormente debió ser trasladada a Babilonia, donde fue hallada, anota como uno de los mayores orgullos de su reinado la introducción de las abejas para la producción de miel y cera en los campos de Suhu, y regula la introducción de colmenas provenientes de Suhki en el este de la actual Turquía.

De la rápida expansión de la apicultura dan fe las numerosas citas de miel y colmenas que aparecen en textos posteriores, como la referencia de *Rab-shakeh*, oficial del rey *Sennacherib*, enviado c. 701 a. C. contra *Hezakiah*, rey de Judea quien se refiere a Asiria como *Tierra fértil de árboles floridos donde prosperan las abejas* (*Libro de los Reyes* 2, xviii, 32), la referencia a las abejas de Asiria de *Isaias* (vii,8) o las costumbres de los apicultores asirios de silbar a las abejas para manejarlas citadas por *Cirilo*, Patriarca de Alejandría (muerto

en 444 a. C.) y especialmente el texto asirio *Tratado de los medicamentos*, demuestra en la zona una apicultura generalizada, y la riqueza de términos relacionados con la apicultura en sus lenguas (Sumerio: miel = *lal*, apicultor = *lu-lâl*, panal = *gab-lâl*; Asirio: miel = *dispu*, mead o bebida alcohólica hecha de panales de abeja que era utilizada como elixir = *dussupu*) lo demuestra de forma evidente.

Como otros muchos pueblos de la zona, la apicultura llegó a Egipto a través de las rutas comerciales, y probablemente fue potenciada tras la invasión de los Hicsos (hacia 1725 a. C.), pueblo nómada de origen hurrita, ya que a partir de la XIII Dinastía no sólo adoptó su novedoso carro tirado por caballos y otras novedades estéticas y religiosas como el Dios sirio *Baal* que acabó equiparándose con *Set*, sino que las referencias melícolas son más abundantes. Su influencia desde el norte de Egipto se extendió durante siglos hasta que fueron vencidos y expulsados por *Amenofis I*, fundador de la XVIII Dinastía.

Los egipcios conocían la miel y la cera obtenida de forma espontánea de la naturaleza, y los recolectores de miel eran a menudo protegidos por los arqueros reales en los *wadis* donde recolectaban miel en las colonias de las abejas nativas. Existen referentes de abejas en pictogramas de 3.500 a. C. y entre las ofrendas y ajuar funerario reales de 3.000 años de antigüedad, pero la generalización de productos derivados de este insecto y la enorme demanda, especialmente en elementos de lujo durante el Periodo Dinástico, generó la necesidad de domesticarla y cultivarla (especialmente desde mediados de la V Dinastía) y estas prácticas fueron muy populares alcanzando el nivel de una verdadera industria con una enorme trascendencia económica, con muy elevados precios, que la hacían de uso sólo en especiales ocasiones, y consecuentemente con una severa reglamentación. El primer documento oficial en mencionar estas prácticas de cultivo es de fecha aproximada del 2.400 a. C. en la lista oficial de apicultores. El elevado precio de la miel generó, como cualquier otro objeto comercial de valor, documentos de pagos con miel, especialmente a los altos funcionarios, así como documentos donde constan litigios, controversias y reclamaciones de todo tipo que quedaron reflejadas en papiros y documentos, algunos muy interesantes como el *Papiro de los apicultores de Arsinote* o de *Zenon* que demuestra ya en el s. III a. C. la práctica del transporte de las colmenas a lomos de burros de un lugar a otro para aprovechar diferentes floraciones, y en el *Louvre* existe un documento sobre papiro con una reclamación de *Khây* al gobernador *Montouherkhépéchef* de Eléphantine (Reinado de *Ramsés IV* y *Ramsés V*, XX Dinastía, hacia 1.150 a. C.) en relación a las irregularidades en las cantidades servidas de miel que se ofrendaba en el *Templo de Rê-Horakhty*. Su rey *Amasias* se basó en la organización de las colmenas para que todo subordinado fuera censado y registrado para ser útil a la comunidad (*que quien viviese diese cuenta de ello cada año*), gesto que imitó *Solón* en Atenas (para evitar vagos y ladrones que no constaban en los registros municipales).

El centro principal de apicultura era el Bajo Egipto, con sus tierras cultivadas extensas y donde la abeja fue escogida como un símbolo para el país. Pero incluso en el Alto Egipto los nómadas deben de haber cultivado algunas abejas y había apicultores itinerantes que cargaban sus colmenas en burros o en barcos y las enviaban río abajo al principio de la primavera siguiendo la floración de las plantas. La gran demanda fue proporcional a la producción local, pero como muchos otros

elementos de lujo se importó de Retenu e incluso desde más lejos. Se conocen multitud de fragmentos de vasijas que contenían miel para su transporte y comercio tanto interior como exterior a través del puerto de la sumergida Heraclion (Tonis) y así estaba indicado para ser leído e identificado desde fuera. También su uso en ceremonias y ofrendas está profusamente documentado, como en la *Tumba 101* de Tebas (c. 1.450 a. C.) y en forma de panales de miel o de ungüentos, cosméticos y perfumes derivados de ella, y es muy frecuente verla indirectamente al observar los envases que aparecen multitud de veces representados en escenas de oferentes y ofrendas, de las que más tarde hablaremos, especialmente en los bajorrelieves de los templos donde faraones y sacerdotes ofrecen dones a sus dioses, o faraones y reinas son agasajados con multitud de ofrendas, como las sesenta jarras de miel ofrecidas como tributo a *Rekhmara* (XVIII Dinastía) en Tebas. Apoyan este hecho los textos conocidos sobre este particular y las pinturas de la *Tumba de Pa bu sa* (c. 625 a. C.) en Tebas, donde aparecen oferentes de panales de miel, como en la citada *Tumba 101* (XVIII Dinastía), también en Tebas donde el oferente no solo lleva panales, sino que aparecen tres abejas sobre ellos, los relieves de la *Tumba de Rekhmara* (reinado de *Hatshepsut* y *Tutmosis III*) con escenas de fabricación de galletas de miel y jarras de miel para el *Templo de Amón* y ofrendas tal como aparece en los regalos que hizo *Ramsés III* y las ofrendas y regalos entre particulares parecen frecuentes, según aparece en *Tumbas de la XI Dinastía*, y su uso en delicadezas usadas en ofrendas, como la hidromiel, pasteles o el “pan de especias” como ofrenda al *Templo de Amón* (XVIII Dinastía). En numerosas pinturas y relieves, especialmente en el Nuevo Imperio, aparecen escenas de capillas, mesas funerarias, mesas servidas y ofrendas a dioses, faraones y mandatarios donde los oferentes portan vasos que por su aspecto respecto a los que aparecen en escenas de apicultura sugieren la miel como contenido, es el caso de la pintura mural de la citada *Tumba 101*.

Como ya citamos, son interesantes las referencias que nos han llegado sobre el uso de miel como elemento de culto o como pago de salarios o de tributos, tal como las 734 jarras de miel asiática que como tributo anual recibía *Tutmosis III* (XVIII Dinastía) del Jefe de los Retenu de Siria y que consta en los muros del *Gran Templo de Amun* en Karnak, o sobre un listado de objetos y elementos ofrecidos o donados por *Ramsés III* (1.198 – 1.167 a. C.) al Dios Nilo y a varios templos para conmemorar sus 31 años de reinado y que incluye 15 toneladas de miel, a pesar de su elevado precio, junto a seis kilos de cera anuales, sólo para el *Templo de Medinet Habu*, así consta en el conocido *Papiro Harris*. También conocemos su uso para alimentar animales sagrados y a través de *Diodorus Siculus* sabemos que en Menfis al Toro Sagrado *Apis* (= nombre que la abeja de la miel que conocemos), a *Mnevis* en Heliópolis, a la cabra de Mendes, al león de Leontópolis y al cocodrilo de Crocodilópolis se le daba de comer un pastel de miel, harina, huevo y manteca (*Heródoto*, II, 68 aporta interesantes observaciones sobre este animal y sorprende pasara por alto alguno de todos estos datos), y también dos pequeñas jarras de (y así rezan sus etiquetas) “*miel de excelente calidad*” fueron halladas en el ajuar de *Tutankhamon* (XVIII Dinastía), y es obvio que, consecuentemente, son muy frecuentes las referencias escritas sobre papiros en relación con situaciones, comercio, conflictos y legislaciones sobre el cultivo de abejas y el transporte y ubicación de los

vasos donde se alojaban las colmenas para aprovechar la temprana o tardía floración, que en cualquier caso demuestran lo extendido de esta práctica y la enorme producción que llegó a adquirir. Algunos de los títulos de oficiales al servicio del faraón como los de un tal *Intet* del Imperio Medio, entre otros ostentaba el de “*supervisor de apicultores*” y de otros del Imperio Medio como “*supervisor de apicultores de todo el territorio*” o “*sellador de la miel*” o del propio faraón (*aquel que pertenece a las abejas*) que aparecen ya en la I Dinastía sugieren la importancia que esta sustancia poseía, probablemente desde tiempos predinásticos, y la citada adjudicación como símbolo del Rey del Bajo Egipto no es por ello sorprendente.

Todos estos antecedentes envolvían las historias de Heródoto y, en el caso de Grecia, a la expansión que hemos citado sobre la apicultura en el Próximo y Medio Oriente, se unieron colonos de procedencia egipcia que extendieron estas prácticas de apicultura por Grecia, Chipre y Palestina antes de nuestra era, y también por fenicios y filisteos (que ya practicaban la apicultura mucho antes de que los israelitas llamaran a su *Tierra Prometida* como de “abundante leche y miel”) y sin duda su permanente relación con los pueblos Nubios o del País de Kush, fluvialmente aislados de los egipcios por las infranqueables seis cataratas del Nilo, que se desarrollaron desde el 5.000 a. C. con ciudades y lugares de culto como Kerma, el Kurru, Naga, Meroe, Nuri, Napata, Kush, Yébel Barkal, y desde Assuán hasta Hartúm en Sudán actuaron como puente entre el Egipto Faraónico (y la Roma Imperial después) y el África negra con aportación y comercio de materias primas como resinas, maderas, animales exóticos y sus derivados como plumas y marfil, esclavos, cobre, estaño y sobre todo oro, generando un permanente interés de sus poderosos vecinos del norte. Este contacto pudo iniciar la expansión de la incipiente apicultura de la que *Heródoto*, para ese tiempo, hace referencia, e incluso hoy día su cultivo, no en colmenas de barro como lo hacían los egipcios, sino en colmenas de menor elaboración, hechas de troncos huecos pero similares en su aspecto, parecen derivar las colmenas que emplean ciertos pueblos africanos de origen nilótico como los Samburu, Morani o Kokots, algunos de cuyos objetos y costumbres (afeitado de las cabezas, circuncisión o sandalias) también recuerdan sorprendentemente lo acontecido miles de años atrás en la Civilización Egipcia.

En Grecia la apicultura parece tener un largo historial que se inicia en los contactos con los fenicios y la herencia minoica y micénica (especialmente la minoica comercialmente relacionada con Egipto y Fenicia). No en vano, y según una leyenda griega, las abejas nacieron en Creta en tiempos de *Saturno* y por ello están frecuentemente vinculadas a esta isla, y *Aristaeus*, deidad pastoril e hijo de *Apolo* y de la ninfa *Cirene*, fue hecho inmortal por *Gaia*, protector de la caza y el ganado, así como de la apicultura, ya que fue quien inventó las colmenas. También existe un mito sobre sus colmenas destruidas, su madre y el Dios *Proteus* que retoman de los egipcios el origen de las abejas a partir de bueyes muertos de los que ahora hablaremos.

Es muy probable que, tras la Guerra de Troya y/o los contactos comerciales, los griegos obtuvieran información sobre la apicultura que se realizaba en Anatolia y Fenicia, donde era desde antiguo especialmente conocida entre los hititas, y es posible que todas las citas primeras se refirieran a la miel de abejas salvajes. Las primeras referencias que cono-

ceмос de colmenas en Grecia se hallan en la *Theogonia* y los *Trabajos y los días* de *Hesiodo* (c.750 a. C.).

Con frecuentes referencias al Olimpo, aquí en la tierra se daba miel a los niños de las clases más privilegiadas tras el destete, y también la tomaban los atletas durante los entrenamientos y los Juegos Olímpicos, y en forma de libaciones (*nephalia*) era usada en rituales religiosos, y *néctar* y *ambrosía*, de las que ahora hablaremos, contribuían a alcanzar la inmortalidad de sus dioses. Filósofos y autores tan longevos como *Pitágoras* o *Demócrito* achacaban su edad a la miel, y este interés generó la obligada legislación sobre la ubicación, protección de las colmenas y otras normas al respecto que mayoritariamente surgieron del legislador ateniense *Solon* (c.639 – 599 a. C.), siendo Ática la principal productora de las más apreciadas mieles que en tiempos de *Pericles* se estima una producción de 20.000 colmenas. Las mieles se exportaban a otros países y el anteriormente citado *Papiro de Zenon* se refiere a ellas.

Las referencias de los textos griegos sobre la apicultura son muy numerosas, especialmente debidas a *Aristóteles* (*Historia Animalium* y *De Generatione*). El neoplatónico *Porfirio* en su *Antro Nympharum* nos dice que los antiguos llamaban *melissas* a las “*almas ninfas*”, es decir a las almas que van a desposarse con el cuerpo y las abejas son símbolo de las ninfas y las almas a punto de venir al mundo de los mortales. Recordemos que la ninfa *Melissa*, hija del *Rey Melisseus*, fue quien alimentó con leche y miel al joven infante *Zeus*. También en la *Iliada* y la *Odisea* (bien conocidas por *Heródoto*) se ofrecen pasajes, probablemente referentes a abejas silvestres, aunque también se citan crateras y ánforas de piedra donde habitaban las abejas en las cuevas de las ninfas y otras obras y referencias de *Hesiodo* o *Aristaeus* sugieren el uso generalizado de la apicultura o citan remedios medicinales o contra la picadura de la abeja, y leyes para aliviar los conflictos entre apicultores aparecen en numerosos textos (*Pseudo Quintiliano*, *Plutarco*, *Lex Sal.*, *Lex Burg.*, *Nicandrio*, *Séneca*, etc.). También otros autores como *Xenofón* o *Estrabón* nos refieren mieles venenosas.

Al margen de estas referencias, el texto de *Heródoto* está plagado de cientos de reseñas a dioses, héroes y personajes de los que podríamos anotar numerosas referencias arthropodias en relación a su vida o a sus gestas y hazañas, y que son bien conocidas a través de la literatura clásica (Hearn, 1926; Davies & Kathirithamby, 1954) y alguno hemos citado, pero, al margen de ello, hay decenas de referencias en su texto a sacrificios, oráculos y libaciones, en los que indirectamente se citan estos elementos apícolas/artropodianos.

Sabemos que los griegos, a pesar de haber hallado el camino para entender el funcionamiento del cosmos y de las cosas, eran muy supersticiosos y prácticamente decidían casi todo en base a lo que “aconsejaban” los oráculos. En oráculos tan famosos y poderosos como los de Delfos, Abas, Dodona, Anfiarao o Trofonio se ponían en contacto con sus deidades, y a través de ellos y, en base a sus respuestas, decidían desde las cosas más inmediatas, íntimas y familiares a las cuestiones de estado y las decisiones bélicas en base a cosas que hoy se nos antojan tan peregrinas como el rumor de las hojas del roble movidas por el viento, el canto de las aves, las vísceras de animales sacrificados, etc., y cómo no, el vuelo de las abejas.

En Eleusis y Éfeso las sacerdotisas llevaban el nombre de abejas y ellas ocupaban un importante papel iniciático y

litúrgico y en el lucrativo *Oráculo de Delfos* (que *Plinio* menciona con más de 3.000 monumentos) se ha citado el empleo de mieles venenosas utilizadas para poner en trance a sus sacerdotisas. Las *Sacerdotisas de Artemisa*, diosa de la fecundidad, protectora de la mujer, de los niños y la naturaleza en Éfeso se denominaban “*abejas de miel*” y el *Sumo Sacerdote* era llamado *Essen* o rey, en analogía con el “rey” (la reina de los panales, ya que desconocían que su “rey” era hembra y no macho). Así, cargada de abejas, a modo de amuletos, nos ha llegado representada. La abeja era el emblema de Delfos y *Artemisa* y su segundo gran templo allí erigido, ya que este lugar fue revelado por un enjambre de abejas y eran precisamente los enjambres uno de los elementos utilizados para llevar a cabo los conocidos oráculos (el *Segundo Oráculo de Apolo* en Delfos estaba relacionado con aves y abejas y de ellas plumas y cera). *Los reyes abeja* de Éfeso, y algunos de los escasos elementos que se conservan de la estructura de este *Templo de Artemisa* en Éfeso conllevan representaciones de abejas, tal es el caso de las numerosas piezas y acuñaciones de Éfeso (las dos letras griegas, *épsilon* y *phi*, a los lados de la abeja son la abreviatura de *Ephesus*) o los rosetones donde hojas y abejas se alternan como elementos decorativos y simbólicos y reminiscencias de esta creencia persiste en los rosetones de la *Villa Cassius* en Tívoli.

Otro elemento permanentemente citado en la obra de *Heródoto* son las libaciones, en las que la miel estaba presente, e indirectamente se cita. Ya hemos mencionado que en forma de libaciones (*nephalia*) la miel era usada en rituales religiosos y néctar y ambrosía contribuían a la inmortalidad de sus dioses. Estos términos fueron permanentemente utilizados por los griegos (en la mitología, la literatura, la poesía y/o el teatro). La ambrosía, néctar de la inmortalidad del que se alimentaban dioses, diosas, los ángeles y héroes (y sus caballos, y así lo cita *Homero*), no estaba permitido a los mortales, y el castigo de *Tántalo* es un ejemplo, pero con “permiso de los dioses” podían tomarla algunos mortales que los elevaría a una condición sobrehumana, y el caso de *Aristeo*, hijo de *Apolo* es buen ejemplo. Se vertía ambrosía sobre las heridas y se derramaba sobre los muertos para evitar su corrupción, se usaba en el aseo de los dioses y como desodorante, e incluso la había en forma de hierba maravillosa reservada a los caballos divinos. Todo este potencial dejará reflejo en Roma y en la Cristiandad, como veremos, y su uso en ofrendas y libaciones está ampliamente documentada y es muy probable que en frisos, bajorrelieves y cerámica donde se narran estas escenas de ofrendas y libaciones fuera miel y sus variantes el contenido de vasos y demás recipientes.

En relación con la cera, cuya obtención, producción y uso en cosmética, ungüentos, etc. es paralela a lo dicho para la miel, y al margen de su uso en los rituales funerarios de los que hablaremos en el apartado que sigue, no podía faltar en este texto herodotiano la referencia de la cera en relación al soporte en la escritura. Poco antes de la batalla de las Termópilas (480 a. C.), *Demarato*, hijo de *Aristón*, estando en Susa y habiendo conocido que *Jerjes* estaba dispuesto a atacar a los griegos, quiso avisar a los lacedemonios. “*No podía señalárselo de cualquier manera, naturalmente, pues corría el riesgo de ser atrapado. De modo que se ingenió lo siguiente: tomó un díptico* (tablilla articulada de dos hojas de madera encerasadas), *raspó la cera que tenía en su superficie y escribió sobre la madera de la tablilla la decisión del rey. Luego que lo hubo hecho, vertió cera fundida sobre las letras para que la*

tablilla, al ser llevada sin nada escrito, no infundiera las sospechas de los guardias del camino (ruta real que unía Susa y Sardes). Llegó a Lacedemonia, y los lacedemonios no sacaban nada en claro hasta, por lo que yo sé, la hija de Cleómenes y esposa de Leónidas, Gorgo, adivinó, sólo ella, la cosa y les dio un consejo: que rasparan la cera, les dijo, y encontrarían letras incisas en la madera. Los lacedemonios le hicieron caso, descubrieron el mensaje y lo leyeron. Y lo mandaron a los demás griegos. Y así es como pasaron las cosas, según se cuenta” (VII, 239). También Heródoto menciona este tipo de tablilla en alguna otra ocasión (VIII, 135).

El uso de cera como soporte para la escritura, así como para el vaciado de moldes de armas y figurillas en metal, técnica posteriormente llamada de la cera perdida, está documentado entre los Sumerios con anterioridad al 2.050 a. C., y en el caso de su soporte para la escritura, se optó por uno mucho más económico, la arcilla. Tablillas, cilindros y sellos de arcilla fueron usados durante más de 3.000 años, principalmente en zonas donde se dio la escritura cuneiforme, y son una de las mejores fuentes para conocer la vida cotidiana, las deidades y las creencias de Mesopotamia. Igual pasó en Egipto, donde el papiro tomó fuerza como soporte de la escritura, aunque veremos que la cera, para otros menesteres siguió siendo un elemento muy apreciado y cotizado en ambas civilizaciones.

En Grecia, a diferencia de lo que ocurría entre los pueblos “bárbaros”, la lectura estaba generalizada entre la población, y aunque la escritura se reservaba normalmente a funciones oficiales, los escolares griegos tenían una culta formación y también aprendían a escribir (los niños persas, por el contrario, se educaban en base a tres asignaturas algo más bélicas: hípica, arquería y veracidad), y como cita Heródoto, estaba generalizado el uso de tablillas de cera para el aprendizaje de los escolares griegos, y también la cera se usaba para los sellos con los que se imprimía la impronta personal a la correspondencia escrita relativa a los documentos, gobierno y especialmente al comercio. Recuérdese que con la palabra *simbolein* (= símbolo) se designaba en Grecia una tablilla de cera que se partía por la mitad, su dueño conservaba una de las dos mitades y entregaba la otra al amigo que partía con el fin de que, fuera lo que fuera lo que el destino les trajera, sus descendientes pudieran reconocerse como no extraños, de hecho el símbolo es lo que reúne e identifica a los extraños. Personajes con estas tablillas serán frecuentes en cerámica, bajorrelieves y frisos griegos y aparecen en textos y obras por doquier, y por citar un ejemplo especialmente entomológico mencionemos a Aristófanes y su obra *Las avispas* (422 a. C.) donde, mezcladas abejas y avispas, satiriza y ataca a los corruptos jueces de Atenas que “*forman enjambres como en los avispeiros... incapaces de moverse como larvas en sus celdas*”, colocándoles un enorme agujón con el que, sobre tablillas de cera, redactan sus interesados y subjetivos veredictos y “*se ganan la vida picando a todos*”. También Calliope, una de las nueve musas, la de la elocuencia y la poesía heroica y épica, tenía como emblema el estilo y las tablillas de cera.

Como tantas otras cosas, los romanos adoptaron de los griegos estas tablillas, y citemos sus *diptycha* o tablillas de cera realizadas con madera de boj, que junto a cortezas de abedul y aliso, eran de uso cotidiano para la escritura entre los alumnos y escolares, elementos que recogió la didáctica medieval y también eran usadas por los romanos para emitir su

voto durante los comicios, costumbre que siguió utilizándose hasta el s. XIV.

Al margen de servir como soporte a la escritura, y por su naturaleza imperecedera, la cera adquirió en la antigüedad una connotación mágica que la vinculará a lo sagrado y religioso, y así lo veremos en el apartado dedicado a los rituales funerarios y religiosos. Toda la cera usada en el Egipto antiguo era cera de abejas, pura o mezclada con resinas, aceites u otros pigmentos. Debido a sus propiedades de maleabilidad y duración obtuvo una marcada atención en la magia y en los rituales. Existen multitud de referencias escritas sobre la cera y muchas de las referencias escritas más curiosas provienen del Periodo Ptolemaico y de las fuentes romanas posteriores, y denotan influencias extranjeras bien arraigadas. El *Papiro 825 (BM 10051)* contiene las directrices para modelar figuras de cera de enemigos para destruir el nombre de *Seth*. Un cuento sobre *Alejandro Magno*, escrito por *Callisthenes*, describe que *Nectanebo II* era gran mago y que el rey utilizó figuras de cera en cuartos secretos de su palacio para derrotar a los ejércitos de sus enemigos. En un papiro de carácter mágico griego (inv. de Leiden. *AMS. 75. I 384*) se describe la fabricación de un grupo de figuras de cera (relacionadas con *Eros* y *Psyche*) para conseguir ganar energía sobre todos los hombres y mujeres. En periodos anteriores hay también muchas referencias de cómo modelar de las figuras de la cera, instrucciones para recitar los encantamientos e incluso expedientes judiciales sobre una conspiración realizada con figurillas de cera contra *Ramsés III*.

La realización de figurillas humanas y de animales y amuletos, especialmente frecuentes en las figuras de los cuatro Hijos de *Horus*, fueron realizados desde el Primer Periodo Intermedio (cerca de 2.100 a. C.), asociados a unos contextos funerarios y colocados en las momias. Éstas son figuras humanas pequeñas, quizás representando a los muertos, y fueron especialmente frecuentes en el Periodo Ptolemaico y Romano. El *Papiro de Westcar* nos ofrece elementos mágicos relacionados con la cera y estaba muy extendida la creencia de que si una figura en cera de un hombre hecha por un mago era dañada o injuriada, el hombre que representaba sufría o podía sufrir tales afrentas y daños. Tales creencias fueron también comunes en Babilonia e India, y como en el caso de la miel los griegos acopiaron estos conocimientos y creencias utilizándola en todo tipo de ceremoniales y aún en forma de rituales y objetos como los exvotos se mantienen en el Cristianismo, y figuras de cera de ciertas personas y personajes han sido/son usadas en la Magia Negra y en el Vudú.

Al margen de todo esto, ya los egipcios empleaban técnicas encáusticas para la realización de sus pinturas murales y tablillas, en las que se utilizaba la cera caliente asociada a los pigmentos para su fijación y protección, técnica que fue utilizada en Egipto en el Periodo Copto y de ellos pasó a los griegos y romanos que la utilizaron ampliamente en la decoración y coloración de paredes, estatuas y cerámica. Ya citadas en un poema de *Anacreonte*, las técnicas encáusticas fueron dudosamente citadas como aprendidas de los egipcios, y según otros autores fue inventada por *Aristides de Thebas*. Tuvieron un enorme desarrollo en la decoración griega de estatuas, llegando a su máxima expresión con *Praxíteles* (s. IV a. C.), y sobre todo se usó en su cerámica, donde los pigmentos se mezclaban con un emplasto, principalmente hecho de cera de abeja caliente (*Ceroma*) para conseguir el efecto y textura deseado en la pieza definitiva. Esta denominación

(*Ceroma*) se mantendrá entre los romanos para el ungüento de cera, aceite y tierra usado por los atletas y para mantener los peinados de las damas romanas.

Por último citar el método de la cera perdida que había sido utilizado desde c. 2.050 a. C. en Mesopotamia y en Egipto, y se generalizó entre griegos, etruscos y romanos, siendo utilizado en la mayoría de sus esculturas de bronce, y también barnizaban con cera éstas y otras estructuras metálicas para prevenir la oxidación.

Rituales funerarios relacionados con los artrópodos

Íntimamente relacionados con los productos anteriormente citados (miel y cera) hallamos en la obra de *Heródoto* algunas referencias interesantes (directas e indirectas) relacionadas con estos derivados de las abejas (o con otros insectos como piojos o mariposas) vinculadas a los rituales mortuorios.

Así, sobre las costumbres funerarias de los persas, cita que enceraban los cadáveres y lo sepultan bajo tierra (I, 140), cosa que también cita de los reyes escitas fallecidos (IV, 71), y de forma semejante, pero con yeso, hacían los etíopes con sus difuntos (III, 24). Sobre las costumbres funerarias de los babilonios cita que entierran a sus muertos cubriéndolos de miel (I, 198), lo cual demuestra ancestrales vinculaciones entre la muerte y las abejas, que sin duda se remontan al Neolítico, si no antes (Monserrat, 2011).

También a través de *Estrabón* poseemos referencias del uso de miel en rituales funerarios entre los asirios, en ofrendas a la Diosa *Ishtar* y otras referencias directas sobre el uso de miel, aceite y vino en ofrendas como las citas de Esarhaddon quien la menciona al iniciar el primer año de su reinado (682 a. C.) en la reconstrucción de Babilonia y la fundación de la *Casa de Wisdom* en Asshur o su uso como purificador por *Nabonidus* (555 – 538 a. C.) sobre los muros del Templo de *Sin in Harran* en Babilonia.

Las supuestas propiedades mágicas de la miel llevó a vincularla en Mesopotamia con ciertas deidades. La abeja y el águila estaban vinculadas en el *Árbol Sagrado*, como lo están en el *Mito de Telipin*, del que existen varias versiones, donde el águila enviada por el *Dios Sol* y la abeja enviada por la Diosa *Hannahanna* buscaron a su hijo perdido *Telipinu*, pidiéndole a la abeja que al hallarlo le picara las manos y pies para despertarlo y levantarlo y lo lavara con cera y purificara para devolverle su divinidad. La presencia de la abeja como mensajera de los dioses estuvo muy extendida en Mesopotamia y las relaciones de este pasaje con el *Zeus* griego son bastante evidentes. Miel se ofrecía para implorar el favor de *Marduk* o de *Istar* y conocemos un texto bilingüe que hace alusión al *Dios miel*, pero lamentablemente no indica a que dios se refiere (“*Así que ningún demonio puede acercarse, he colocado el Dios miel y el Lal-arag en las puertas para alejar cualquier demonio*”). También se conservan fragmentos de un texto sobre la Ceremonia mortuoria de apertura o lavado de la boca que se practicaba en Babilonia y donde se usaba miel. Veremos algún otro elemento arropodiano sobre este particular en el Antiguo Egipto.

También conocemos el uso de derivados de la abeja en rituales de exorcismo contra espíritus malignos y demonios que nos han sido legados escritos en babilonio y sumerio, y el uso de la cera en rituales funerarios está documentado en textos y en las citadas referencias de *Heródoto*. Los cilindros pertenecientes a la biblioteca de *Asurbanipal*, Rey Asirio (669 – 625 a. C.) los describen. Recuérdese que el término “mo-

mia”, de hecho, no es de origen egipcio, sino que procede del persa *mum/moum*, que significa cera.

Por otra parte, y aunque *Heródoto* no lo menciona, sabemos de los egipcios su uso en el proceso de momificación, hecho que está suficientemente demostrado, y que placas de oro y más frecuentemente de cera eran empleadas para obliterar con ellas los orificios naturales y los practicados con cuchillo de obsidiana o pedernal para extraer las vísceras del difunto, y con mucha frecuencia se fijaba o conservaba el cadáver con cera o miel o se practicaba con cera un molde de la cara del difunto, hecho que heredará el Mundo Greco-Romano y persiste en Occidente, y nos han llegado ejemplos de su uso en esculturas con los cuatro hijos de *Horus* que protegerán sus vísceras, como es el caso de las halladas en la tumba de *Ramsés XI* en el Valle de los Reyes en Lúxor, así como otras figuras en madera o cera datadas hacia el 1.400 a. C. que pueden admirarse en el *Agricultural Museum* de El Cairo o en el *British Museum* de Londres, o muestras del uso de la cera asociado a pigmentos como en el famoso busto de *Nefertiti* del *Museo Egipcio* de Berlín o rellenando jeroglíficos incisos como en el sarcófago de *Ramsés II* del *Louvre*.

Entre los griegos, la relación de la abeja con el alma parece tener influencias minoicas inmediatas (pero sin duda de origen muy anterior) y las citadas prácticas persas y babilonias fueron asumidas por ellos. La miel en combinación con la cera fue utilizada en el embalsamamiento de cadáveres, sobre todo de aquellos personajes importantes que morían lejos de casa (hay multitud de referencias desde el cadáver de *Agesilaus*, Rey de Esparta, al de uno de sus más célebres personajes, *Alejandro Magno*, quien murió en el 323 a. C. en la ciudad de Babilonia, y donde con cera, perfumes y miel fue preservado).

Los citados ritos mortuorios donde estaban presentes ungüentos con miel y cera, permanecieron en Roma que había heredado parte de este ritual, y conocidos amantes de la miel como *Demócrito* fue enterrado en miel. *Estrabón* mencionan que los persas cubrían con cera el cuerpo de los muertos antes de enterrarlos y que los asirios los embadurnaban previamente con miel. También *Plinio* (N.H. XXXV, 153) cita la máscara mortuoria en cera de *Lysistratus de Sicyon*, hermano de *Lysippus*, y el cadáver del emperador *Valentiniano* fue recubierto con ella. Esta vinculación de la miel-cera en los rituales de unción de ungüentos mortuorios ha permanecido hasta nuestros días en las religiones judeocristianas, en las que quedan reminiscencias cuando las emplean como óleos y ungüentos en sus sacramentos y rituales relacionados con la muerte.

Es curioso que, al margen de la miel y la cera, otros artrópodos estuvieran relacionados con rituales y personajes del culto egipcios, pero no ya en relación con la muerte y las divinas abejas, sino con algo más prosaico, nos referimos a los piojos de sus sacerdotes. Aunque se conoce que, al margen de los rituales indicados, se usaba la cera en las prácticas rituales de los sacerdotes y así nos consta en la figura de cera de *Apep*, el enemigo de *Ra*, que se realizaban en el *Templo de Amón-Ra* en Tebas, aparte de esto *Heródoto* nos anota: “*Los sacerdotes (egipcios) se rapan la cabeza (II, 36), se depilan cada dos días todo el cuerpo, para evitar que se pueda sorprender algún piojo o algo repugnante en los servidores de dios... Se lavan dos veces al día con agua fría y dos veces cada noche*” (II, 37). Quizás por este motivo era costumbre en Egipto raparse la cabeza desde niños y *Heródoto* hace referencia a ello cuando trata de “explicar” la dureza de las cala-

veras de los soldados egipcios muertos frente a la fragilidad de las de los soldados persas (III, 12): “*Los egipcios desde su niñez se rapan la cabeza y el sol fortalece sus huesos. Precisamente ésta es la causa de que no se vuelvan calvos. De manera que éste es el motivo de que sus calaveras sean tan recias*”. En Egipto, el corte de pelo formaba parte del lenguaje corporal habitual, e incidía en numerosas manifestaciones cotidianas, así, por ejemplo, en el amor por los gatos que es preciosamente descrito por *Heródoto* (II, 66, 67), quien indica: “*Si en la casa de alguien muere un gato, todos sus moradores se afeitan sólo las cejas, y si muere un perro se cortan todos los pelos de la cabeza y del cuerpo*”.

También *Heródoto* hace varias referencias mortuorias relacionadas con dejarse el pelo largo o afeitárselo entre diversos pueblos y que tuviera su origen en evitar la pediculosis, y así menciona como los isedones escitas rapaban las cabezas de sus muertos (IV, 26) y esta práctica no era infrecuente en la antigüedad, y ejemplos cita entre los muchachos y muchachas de Delos (IV, 34) o de los súbditos de los reyes escitas fallecidos (IV, 71) y otros datos tenemos del mismo *San Pablo* (*Hechos*, 18, 18). En Grecia, raparse la cabeza mantuvo el carácter religioso y relación con el dolor ante el fallecimiento de un ser querido o admirado (VI, 21) y en términos bíblicos se mantuvo la relación de alejarse del pecado carnal con esta práctica (*nazareato*) y ejemplo tenemos en “*y le dijo: Nunca a mi cabeza llego navaja; porque soy nazareo de Dios desde el vientre de mi madre. Si fuere rapado, mi fuerza se apartara de mi, y me debilitare y seré como todos los hombres*” (*Jueces* 16:17).

Por último, y sobre el proceso de embalsamamiento de los cadáveres de familias egipcias pudientes, *Heródoto* (II, 86) cita: “*A continuación sumergen el cadáver durante setenta días en una solución de sosa; pero no más de setenta días. Cuando han transcurrido se lava el cadáver, se deja todo el cuerpo con vendas cortadas de sábana de seda engomadas en su parte inferior*”. El término utilizado (*biso*) para lo que aquí llamamos seda, podría tratarse de verdadera seda importada de oriente o bien de lino de extrema calidad. No parece gratuita esta referencia a la seda, ya que restos de seda han sido hallados en una momia de una tumba de Tebas perteneciente a la XXI Dinastía (hacia 1.000 a. C.). Junto a la cera los egipcios comerciaban con pueblos meridionales (Nubia y Sudán) para obtener la goma que cita *Heródoto* y que posteriormente se llamaría goma arábiga, obtenida de la *Acacia senegal* y que se comercializaba desde el s. XII a. C. para obtener tintes, tintas y acuarelas, así como, según comenta *Heródoto* (II, 86-89) para procesos de embalsamamiento (la credibilidad de sus observaciones ha sido frecuentemente cuestionada).

Costumbres alimentarias relacionadas con los artrópodos

Algunas costumbres alimentarias citadas por *Heródoto* hoy nos resultan curiosas, tal es el caso de la ingesta de langostas (Insecta, Orthoptera: Acrididae, mayoritariamente *Anacrydium aegyptium* y *Schistocerca gregaria*) como alimento que veremos documentada desde Mesopotamia, y ha sido practicada por numerosos pueblos de Oriente Medio y del Mediterráneo, siendo aún hoy día habitual en algunos de estos pueblos y también lo es en el sudeste asiático y en centro América. *Heródoto* nos deja constancia de ello cuando nos habla de las costumbres de los nasamones del norte de África (IV: 172): “*Los nasamones también cogen langostas, las secan al sol, las trituran y las echan a la leche que beben*”.

Es en Mesopotamia donde hallamos las primeras referencias al respecto, y con diferentes nombres según sean saltamontes, grillos o langostas (tal como los que aparecen en la 14^a tablilla de la Serie Harra), son relativamente frecuentes en sus representaciones. El saltamontes es frecuentemente citado en los textos como el *Dios de las Tormentas*, y es un insecto conocido en la glíptica Kassita desde sus orígenes, y no es raro hallar su representación en cilindros y sellos, pero es evidente que debió ser un animal clave para este pueblo agricultor y por ello en muchas ocasiones aparece asociado a escenas agrícolas y de recolección de frutos, como los hallados en Lagas o en Meskalamdug cerca de Ur, así como en ciertos sellos asociados a motivos vegetales. Secuencialmente empiezan a aparecer en ciertos sellos, junto a / o como animales fieros y peligrosos y desde la primera Dinastía Babilónica aparecen como referencia de una auténtica plaga, y es el caso del texto que aparece en una de las famosas *Tablillas de Mari*, donde se recoge abundantes datos de la vida palaciega de la época y en una de ellas, refiriéndose al *Palacio de Zimri-Lim* se cita: “*una plaga de langostas que llegó a Terqa y el gobernador las capturó y se las envió al rey*”.

En el Periodo Kassita las langostas aparecen vinculadas a deidades y templos, como las figuras de langostas en plomo halladas en la habitación 4 del *Templo de Asur* en Kâr-Tukulti-Ninurta de donde también podría proceder una placa vidriada donde aparece junto un personaje, probablemente un rey asirio, que solicita una petición a una deidad.

Al margen de todo esto relacionado con las plagas que ocasionan, los saltamontes aparecen en grabados que sugieren inequívocamente su uso como alimento, e incluso como exquisitez, existiendo bajorrelieves asirios, como los paneles del *Palacio de Sennacherib* (705-681 a. C.) en Nínive, que muestran dos portadores llevándolos a una fiesta real. También existen textos, como el hallado en Mari, en el que el escriba de *Terqa* los ofrece al Rey.

Al margen de la citada referencia de *Heródoto* (y alguna más que citaremos sobre alguno de sus indeterminables animales), más tarde *Plinio* (XI, XXVI) referirá esta costumbre de comer saltamontes y cigarras entre otros pueblos de la zona como los Partos, que pudieron heredar estas costumbres. Fuentes de historiadores griegos llamaron *acidophagi* a esta costumbre de comer langostas y saltamontes en el Próximo Oriente y otras localidades de África y Europa, y particularmente *Diodoro de Sicilia* (s. I. a. C.) refiere esta práctica como frecuente entre los etíopes del Norte de África (*Biblioteca Historica* 111.2), pero tampoco se descarta su práctica entre los griegos (*Plinio*, *Estrabo*, *Teócrito*, *Aristófanes*, etc.). *Aristóteles* parece referirse a las cigarras (no sabemos si eran saltamontes) cuando señala “*saben mejor en su fase de ninfas antes de la última transformación*” y “*los mejores para comer son los primeros machos, pero después de la cópula con las hembras, que a la sazón se encuentran llenas de huevos blancos*” y *Aristófanes* cita que los pastores de Ática consideraban a los saltamontes “*dulces de cuatro alas*” y los comían y vendían con vinagre y pimienta. No en vano acabó dedicándose al dios *Apolo*.

Sea como animal destructor de potencial alimento o como alimento en sí, las langostas no podían quedar ajenas al pueblo agricultor y ganadero de los semitas o Pueblo Elegido y, a pesar de haber contribuido a su liberación, ya que de las diez plagas enviadas por *Yahvé* contra Egipto por no permitir la salida de los israelitas: *Ex* 10: 1-20, *Sal* 78 (77): 46, *Sal* 105

(104): 34, *Sb* 16: 9, *Jueces* 6,5, etc., tres están relacionadas directamente con bichos y otras dos o tres tienen una relación más o menos directa, y aunque alguna de ellas, como la de las nubes de moscas, no han podido ser “descifradas”, la más referida de las relacionadas con las plagas de insectos, está relacionada con los ortópteros y específicamente con la langosta, y acabó siendo un animal maléfico cuando fueron ellos, y no los aterrorizados egipcios los afectados por su poder destructivo, hecho lógico, dado su carácter agricultor y que debía aterrizarles por mermar o destruir sus cultivos, y siempre como consecuencia de un despiadado y cruel “castigo divino”. Por ello son bastante terroríficas sus referencias en sus textos: *Delante de él devora el fuego, detrás de él la llama abrasa. Como un Jardín de Edén era delante de él la tierra, detrás de él, un desierto desolado* (*Joel* 2:3-9). *Tiemble la tierra, se estremezcan los cielos y se oscurezca el sol y la luna* (*Joel* 2: 1-11, *Joel* 2: 15 – 20, 2, *Cro* 6: 28, *1R* 8: 37, *Sb* 11: 15, *Sb* 12: 24, *Sb* 15: 18, *Is* 33: 4, *Joel* 1: 2-20, *Am* 4: 9, *Am* 7: 1-3, *Na* 3: 15-17b, *Sal* 22, 17). No obstante es en el *Apocalipsis* de San Juan (9,3, 9,7-11) donde estos animales adquieren su significación más demoníaca, terrorífica y destructora.

Curiosamente, y como contrapartida a estas citas, las langostas eran considerados animales puros y aptos para comerse “*Podréis comer todas las criaturas con alas que se arrastran sobre cuatro patas y además tienen dos para saltar sobre la tierra.*”), y así hizo *Juan Bautista*, que con una dieta muy entomológica, comió saltamontes en el desierto junto a miel silvestre, por lo que se le asocia con panales y así, como alimentos son citados con cierta frecuencia: *Lev* 11: 20-22, *Lev* 20:25 y *Dt* 14: 19, e incluso fueron considerados como uno de los cuatro animales sabios (*Pr* 30: 27).

Otras referencias directas o indirectas de ciertos grupos artropodios

COLEÓPTEROS

A diferencia del Mundo Egipcio, los escarabajos son muy poco frecuentes en el Mundo Mesopotámico y Persa. Ha sido citado su uso en medicina y en algunos sellos del Periodo Jemdet Nasr se han interpretado líneas sobre el agua como las que generan los escarabajos acuáticos (Insecta, Coleoptera: Gyrinidae) que debían llamar la atención de estos pueblos fluviales. También como amuletos en lapislázuli o arcilla esmaltada se han hallado en el *Cementerio A* de Kish, y como abalorios de collares en otros enterramientos que hunden sus raíces en la Prehistoria (Monserrat, 2011). Los llamados “insect class”, mayoritariamente grabados en hematita, podrían ser escarabajos y de influencia u origen egipcio son los escarabeos hallados en enterramientos kasitas en Babilonia. *Plinio* refiere que los magos persas conjuraban el granizo, las langostas y demás calamidades con una esmeralda cuando el escarabajo volaba más alto que el águila.

No es por ello extraño que *Heródoto* no los mencione en la mayoría de los libros de su *Historia*, y cabría pensar en un gran número de referencias sobre este orden de insectos en relación al Libro II, dedicado a Egipto. Sin embargo apenas hay referencias a las deidades egipcias, que quedan (como para muchos otros pueblos) asimiladas con las deidades griegas, no existiendo ninguna referencia en su obra a la tan conocida figura del escarabajo sagrado egipcio (*Kheper* y sus variantes etimológicas): *Kheper aegyptiorum* o *Scarabeus venerabilis*, similar al europeo *Scarabeus sacer* (Insecta,

Coleoptera: Scarabeidae) del que, lógicamente, se ha escrito hasta la saciedad (por citar algunos Swift, 1931; Kritsky, 1991, 1993; Cherry, 1985; Cambefort, 1987, 1994 a, b; Jean-son, 1995; Martín-Piera, 1997; Ratcliffe, 2006, etc.).

Aún así, hay alguna referencia de este egipcio insecto sagrado en relación con algunos pasajes asociados con el sacrificio del toro y con *Apis*, el toro sagrado: “*El toro utilizado para los sacrificios no debía tener ni un pelo negro y tras su minuciosa observación por parte de los sacerdotes debían comprobar que tenía un escarabajo sobre su lengua* (II, 38, III, 28) *pasan a su sacrificio cortándole la cabeza y despelléndolo*”. Posteriormente describe el buey *Apis* (*Épafo*) (III, 28) como “*el becerro nacido de una vaca que ya no podrá concebir en su vientre nunca más otra cría. Los egipcios dicen que desde el cielo un rayo de luz baja a esta vaca y que de él nace Apis. El becerro llamado Apis tiene estas señales: todo su cuerpo es negro pero en la testuz tiene una mancha blanca cuadrada y en el lomo la figura de un águila. Los pelos de su cola son dobles y en la lengua tiene un escarabajo*”. El buey *Apis* (que precisamente da nombre científico al género de las abejas de la miel) murió en el 524 a. C., siendo entronizado y conservándose su sarcófago con inscripción jeroglífica descifrada (Balasch, 2008).

No deja de ser curioso, que otro insecto, la cigarra, con su curiosa metamorfosis con náyade subterránea y adulto alado y cantor, tome el relevo en las prácticas funerarias de ciertas culturas orientales relacionadas con el Budismo, que tiene en él un ejemplo idóneo para asociar con la inmortalidad, la resurrección y la reencarnación, la eterna juventud y la felicidad (curiosamente esta simbología era similar a la existente entre los griegos) y por ello es un insecto muy proclive en aparecer en fetiches, dibujos y diversos objetos, algunos asociados a rituales mortuorios (la relación de este insecto con la inmortalidad ya se refleja en el *Libro de las canciones* escrito en la Dinastía Zhou, 771– 221 a. C.) especialmente frecuentes desde la Dinastía Shang (1776 – 1122 a. C.) a la Dinastía Han (206 a. C. – 220 d.C.), y cuya impronta ha llegado hasta la actualidad. También la práctica consistía en introducir una cigarra de jade en la boca del difunto para asegurar su inmortalidad (parece ser una práctica muy antigua que parece originarse en el Neolítico, si no antes, y también se utilizaba para definir la categoría social del finado y se usaba junto a otros elementos de jade bien tapando sus orificios o bien depositándolo bajo la lengua).

Para mayor curiosidad, esta costumbre es afín a la citada en Egipto y especialmente sorprendente a la que practicaban los Mayas y los Aztecas que colocaban en la nariz de los sacrificados una piedra negra en forma de mariposa y astillas clavadas en la lengua en honor a la diosa *Xochiquétzal* que era particularmente festejada en el 13º mes (*tepeilhuitl* = fiesta de los cerros, del 6 al 26 de octubre) y en su honor se sacrificaban dos vírgenes (*tezcacohuatl*) mientras se repartía maíz y la multitud bailaba con júbilo.

ANOPLUROS

Al margen de las referencias directas e indirectas que hemos citado sobre los piojos al hablar de las costumbres funerarias citadas por *Heródoto*, hay en su texto una referencia ciertamente confusa sobre las costumbres de los budinos, pueblo vecino y aliado de los escitas contra *Dario* (IV, 109), que en las traducciones habituales la refieren como: “*son autóctonos y nómadas, y entre los pueblos de por allí son los únicos que*

comen piñones”. Este último término puede también tomarse en griego (y así aparece en algunas versiones en griego de este texto) como piojo (Insecta, Anoplura, hoy Siphunculata), y no es en absoluto descabellado que sea ésta la acepción original adecuada, ya que no es infrecuente el comportamiento de muchos pueblos que muerden los piojos y las liendres durante su mutuo aseo, comportamiento que también se da en muchos de los primates sociales. De hecho, el mismo *Heródoto*, más adelante, hablando de las costumbres de los libios (IV, 168) anota: “*Sus mujeres llevan en cada pierna una ajorca de bronce, se dejan el pelo largo. Cada mujer se coge los piojos, les pega un mordisco y luego los escupe. Son los únicos entre los libios que lo hacen*”. Al margen de estas citas hay otras citas clásicas relacionadas con insectos parásitos, *Petronio* hace referencia a un esclavo que los mataba con los labios y *Artemidoro* los asociaba con los sueños y la ansiedad.

Como es lógico, hay pocas referencias mesopotámicas o egipcias a los piojos (como las citadas sentencias del rey *Asarhaddon* a sus vasallos o de los sacerdotes y niños egipcios) al margen de sus textos médicos, y quizás por ser los griegos (poco dados a describir cosas desagradables, y en esto *Heródoto* es particularmente fiel a este espíritu) y especialmente los atenienses (tan amantes de la belleza y de la belleza del cuerpo) un pueblo especialmente aseado, existiendo baños públicos y privados, son proporcionalmente escasas las referencias de pediculosis en la antigua Grecia. La primera y más antigua referencia que conocemos la hallamos en un fragmento del poeta *Archilocus* (s. VII a. C.) e *Hipócrates* inicia y define la nomenclatura relacionada con la piel, sus afecciones y remedios, y también *Heracleito* (s. VI a. C.) los trata. Algunos poetas en estos siglos (*Alcma*, *Pherecydes*, *Diógenes Laerti*, *Pherecydes de Tales*) se vieron afectados por pediculosis que también afectó a militares (tanto a oficiales como *Phalanthus* como a la soldadesca, como las de *Aristófanes*, *Plutarco*, *Apiano Archilocus*, *Heráclito*, etc.), y también tenemos referencia de *Plutarco* sobre el rey *Agésilau*s de Esparta (s. V-IV a. C.) al que picó un piojo mientras realizaba un sacrificio a *Minerva* o de *Aristippus*, y afectó a multitud de filósofos escritores y poetas (*Sócrates*, *Demócrito*, o *Speussipus*), no por que fueran especialmente proclives a ello (¿quizás como algunos en el Renacimiento o en la bohemia eran más descuidados en su aseo o aspecto?), sino por su mayor posibilidad de transmitir y dejarnos legado de su afección, pero que demuestra que no era un problema ajeno a la población. De hecho piojos, pulgas o chinches de cama los hallamos en algunos de sus textos, y así la pulga (*psylla*, *pulex*) (Insecta, Siphonaptera) que en tono de humor citan por ejemplo *Aristófanes* en *Las Nubes*: 145 o *Epicharmus*, y la chinche de cama (*koris*) (Insecta, Hemiptera: Cimicidae) que es citada en las comedias de *Aristófanes*, y ni el inframundo parecía librarse de su azote. Los piojos (*phtheir / pediculus*) son citados por varios autores (*Aristóteles*, *Pollux*) y se deduce que eran muy frecuentes y familiares, especialmente (y como ahora) entre los niños y las meretrices.

Aún así, y de modo sorprendente para las limitaciones técnicas de entonces, ya *Aristóteles* diferenció los tres tipos de piojos (de ropa, cabello y pubis), en las *Tablillas de Epidaur*o (IV-III S. a. C.) se recoge el primer caso de curación, y *Heliano* (*Natura Animalium* 9.19) cita aceites de salamanquesas que usaban como repelente y remedio contra la pediculosis. El término *phtheirp-pylé* (puerta del piojo) citado por *Apolodor*o para los prostíbulos de Atenas es bastante elocuente, y

Demóstenes, *Anthaneo* o *Epicurus* vinculan la pediculosis con las cortesanas. Otros autores griegos como *Platón* en *Sophist*, *Aristófanes* en *Las Ranas*, etc., hacen referencia a los piojos y otros posteriores como *Horacio*, *Cicerón*, *Ausonio* o *Juvenal* heredarán esta griega “afición”. También hay que citar la conocida fábula *Los piojos y los zorros* de *Esopo* por sus referencias entomológicas moralizantes. Keil (1951) aporta muy interesantes datos y referencias sobre los piojos entre los griegos de este periodo.

SIFONÁPTEROS

No podemos asegurar a ciencia cierta el alcance de las palabras de *Heródoto* (VI, 27) cuando cita: “*enviaron un coro de cien jóvenes a Delfos, de los cuales sólo regresaron dos. A los noventa y ocho restantes se les pegó una peste que se los llevó*” (nos movemos poco antes del 495 a. C.). También hay referencias homéricas cuando menciona la hambruna y la peste sufrida por los cretenses y sus ganados tras la guerra de Troya y que dejó la isla prácticamente despoblada (VII, 171) o de la peste y disentería desencadenada dentro de las tropas terrestres de *Jerjes*: “*Durante la marcha se declaró una peste en el ejército, y además una epidemia de disentería, que lo diezmaron*” (VIII, 115) (nos movemos poco antes de la Batalla de Artabazo, 479 a. C.). Hay otras muchas referencias en textos griegos sobre este término “peste” y, por poner un ejemplo, citemos uno especialmente entomológico mencionando que los *Myrmidones*, que repoblaron la sagrada Isla de Egina (Aegina) tras la gran peste, no eran más que hormigas que *Zeus* trasformó tras el ruego que le hizo el rey de esta isla Aeacus.

Desconocemos si el término “peste” es aplicado en sentido estricto (peste negra) o a modo de epidemia de forma más general y amplia. En cualquier caso, los griegos estaban aún muy lejos de conocer las causas y qué era el contagio de las enfermedades infecciosas, y menos de conocer la existencia de los microorganismos patógenos [la bacteria *Yersinia pestis* fue descubierta y aislada por Alexander Yersin (1863–1943) y Shibusaburo Kitasato (1852–1931) hacia 1894] y mucho menos aún de asociarlos con la pulga *Xenopsylla cheopis* (Insecta, Siphonaptera: Pulicidae) de la rata común (*Rattus norvegicus*) y de otros roedores y pequeños mamíferos, como vector de esta enfermedad (hecho descubierto simultáneamente por Paul Simona y Masanori Ogata en 1898).

Por lo que sabemos de lo que sobre esta enfermedad ocurrió posteriormente en Europa, no cabe duda que el contacto comercial (y bélico) de Grecia con Egipto y Oriente Medio acabaría, antes o después, teniendo las mismas consecuencias que tuvo en el Imperio Romano y en la Edad Media europea, donde acabó alcanzando dimensiones apocalípticas (Monserrat, 2009, 2010 b).

Se ha puesto en duda (y ha sido asignada a otras enfermedades como el dengue, escarlatina, peste bubónica, sífilis y con mayor certeza a la fiebre tifoidea) que la conocida *Plaga de Atenas* (primavera c. 430 a. C.) fuera causada por estos insectos (ver fechas anteriormente mencionadas). Según las diversas fuentes y estimaciones esta plaga se cobró miles de vidas. Desde luego son similares los elementos concomitantes con los acaecidos con posterioridad, sean los focos portuarios (foco inicial en Pireo como posteriormente fueron Constantinopla, Messina, Génova o Venecia en la Europa Romana y Medieval) o sean las potenciales causas (hacinamiento y cierta falta de higiene de las ciudades) por el confinamiento

de toda la población de Ática en Atenas, aunque entonces se achacó a causa de las Guerras del Peloponeso.

La primera gran peste registrada en Occidente ocurrió reinando Justiniano (en el 542 d.C.) y procedente de Egipto o del noreste de la India, que se extendió alcanzando Constantinopla y duró 50 – 60 años, y se estima provocó un millón de muertes. Seguro que no era la primera epidemia de peste, ni sería la última en Europa.

HOMÓPTEROS

Al margen de la seda que hemos citado, y en relación con otros textiles, en varias ocasiones que ahora recogemos, *Heródoto* hace referencia de las telas teñidas de púrpura, uno de los elementos más costosos y de mayor aprecio. “*Cuando los mensajeros de los jonios y de los eolios llegaron a Esparta..., eligieron como primer orador a un focense llamado Pitermo. Éste se puso un vestido color rojo púrpura...*” (I, 152). Sobre la muerte de la hija de *Micerino* (el rey egipcio hacedor de la tercera gran pirámide) dice que construyó una vaca de madera dorada para depositar sus restos dentro de ella (II, 130, 131) y un manto de púrpura cubrían todo el cuerpo de la vaca a excepción de la cabeza y el cuello, que lucían un grueso repujado de oro (II, 132). Sobre *Cambises* (hijo violento y caprichoso del rey persa *Ciro* y de *Casandane* que en el año 529 a. C. sucedió a su padre y reinó hasta su muerte en el año 522 a. C.) menciona: “*Cuando los ictiófagos de Elefantina llegaron ante Cambises, éste los mandó al país de los etíopes encargándoles lo que debían decir, y confiándoles estos presentes: un vestido de púrpura, un collar de oro, brazaletes, un jarrón de alabastro cincelado lleno de perfume y un tonel de vino de palma*” (III, 20). Por cierto que estos presentes no fueron recibidos con agrado por el rey etíope, quien extrañado e incrédulo preguntó a los mensajeros por la naturaleza de los presentes, incluido el vestido púrpura, considerando un engaño la explicación dada por los mensajeros sobre el teñido de estas telas, y solo pareció agradaarle el vino (III, 22). También una prenda similar, una túnica roja con la paseaba un tal *Silosonte* por el ágora de Menfis y que llamó la atención del mismo *Dario* a quien se la regaló (III, 139) y que con el paso del tiempo acabaría devolviéndole el favor al librar de la esclavitud a su amada Isla de Samos (III, 140-142).

Sobre esta apreciada tinción es necesario retroceder a los fenicios, pueblo particularmente entomológico por varios motivos: por haber llevado y extendido desde Tiro y Sidón la apicultura hasta el otro extremo del orbe mediterráneo conocido, por la calidad de la llamada *Cera Púnica*, y por el descubrimiento, uso y comercialización de los pigmentos y tintes orgánicos (*Púrpura de Tiro*) procedentes de moluscos (*Murex*) y también de cochinillas (Insecta, Homoptera: Coccidae, *Coccus ilicis*) para teñir sus fibras textiles, de un violeta intenso en el primer caso y de un rojo escarlata (*kermes* = carmín) y su gama los segundos. Tejidos y técnicas de tinción que dieron a los fenicios su nombre (en griego *Phoinix*) y que asombraron y heredaron griegos y romanos, y dieron símbolo a la realeza en todo el orbe conocido, extendiéndose como color nobiliario hasta las tintorerías medievales de Florencia, donde por su dificultad en obtener tintes permanentes de este color lo hacían costoso y por ello, signo de ostentación y poder, que aún se mantiene dentro de la Curia Romana.

Aunque parece haber sido usado en Egipto (*Papiro de Anastasia*, c. 1.400 a. C.), corresponde a los fenicios su im-

plantación y expansión por el Mediterráneo, habiendo constancia de su uso entre los Minoicos que emplearon estos pigmentos en su pintura mural y su cerámica, también entre los Cartagineses y los Griegos, que lo admiraron (y así consta en las referencias que hemos citado) y que, según comenta *Dionisio de Halicarnaso* (III,61, 1-2), también era habitual entre los reyes de Lidia y Persia. El manto púrpura (*tébennos*) que de forma circular, cubría el hombro izquierdo de los hombres etruscos fue antecedente de la toga romana. Tras su anexión al Imperio Romano, fue tomado el pigmento violeta y púrpura de este molusco y de este insecto como símbolos de rango, autoridad y prestigio, y se generalizó en las llamadas togas bizantinas (con el apreciado tono violeta oscuro que por cierto se denominaba “*cucaracha*”) o las togas de los senadores y mandatarios romanos. Tanto este manto orlado de púrpura de los etruscos, como otros símbolos de poder como el cetro con cabeza de águila, la *silla curul* y la corona de oro y fueron parcialmente asumidos por Roma (*toga picta*) y las hachas representativas de cada ciudad se mantuvieron en los *fasces* romanos. Como herencia de ellas llegaron a las sotanas de los cardenales cristianos (*Púrpura Imperial* o *Real*) que desde 1467 mezclado con índigo y otros pigmentos extraídos de otros insectos alcanzó el conocido “*púrpura cardenalicia*” de la Curia Romana y formó parte de los pigmentos carmesí de los pintores del Renacimiento y acabó asumiendo, por motivos comerciales, el propio *Papá Noel*.

DÍPTEROS

De Egipto parece proceder la confusión inicial entre las abejas de la miel (Insecta, Hymenoptera: Apidae) de biología conocida por todos y las moscas del género *Eristalis* (Insecta, Diptera: Syrphidae) de larva acuática y aspecto muy apiforme, hecho que podría haberse generado en las costumbres que *Heródoto* (II, 41) menciona: “*Si se les muere un buey o una vaca, he aquí como los entierran. A las vacas las echan al río, pero a los toros los entierran, cada uno en el arrabal que le corresponda; como señal del enterramiento dejan salir un cuerno, o los dos*”. Esta confusión generó la creencia de que se trataba del mismo insecto mezclando los caracteres biológicos de uno y otro en uno solo.

Las inundaciones del Nilo podrían derruir alguna de las colmenas y a su vez provocar la muerte del ganado ahogado o sepultado junto a agua estancada y putrefacta de donde surgirían nubes de estas moscas que eran tomadas como abejas renovadoras de nuevas colmenas y, consecuentemente, un símbolo más de la renovación y resurrección. Parece que había complejas ceremonias de enterrar bueyes para generar las necesarias abejas, práctica que se desarrolló enormemente en el Periodo Ptolemaico, y *Plinio* nos comenta algo similar en los festivales en honor a *Apolo*. Esta asociación entre los cadáveres de los bueyes y vacas y las ovejas pasó de los textos egipcios y hebreos al Mundo Greco – Romano y a Occidente con el *Mito de Eristaeus* y el mito sobre sus colmenas destruidas y el Dios *Proteus* que retoman de los egipcios el origen de las abejas a partir de bueyes muertos (se conservan recetas egipcias para transformar cadáveres de bueyes enterrados en abejas), siendo frecuentemente citada esta confusión en textos clásicos y sagrados de *Eumelus*, *Columela*, *Aeliano*, *Celsus*, *Florentinus*, *Virgilio*, *Varro*, *Ovidio*, *Plinio*, *Archelos*, el *Libro de los Jueces* (XIV), y un largo etc. Estas creencias estuvieron vigentes hasta bien entrado el siglo XIX, y se transcribieron

a tratados de agricultura y apicultura, y ejemplo es el tratado de agricultura de *Alonso de Herrera* (1513) “*de unos novillos se hacen abejas*”. Curiosamente esta creencia aparece en el saber popular de Centro África y Asia Occidental (China y Japón), donde aún se conservan.

En Roma, especialmente con la extensión del Mitraísmo, el buey y la abeja fueron considerados andróginos por ser asexuados, y estaban conectados toro-buey-hueso y abeja, y curiosas referencias aparecen en las *Georgicas* de *Virgilio* o en las *Geopónicas* de *Florentinus* y el *Libro de los Jueces*, cuya influencia llegará hasta el Medioevo Europeo.

Durante todo el periodo medieval europeo se heredaron del Imperio Romano ideas y conceptos relacionados con los insectos a través de los textos clásicos, especialmente *Heródoto*, *Aristóteles*, *Plinio* y *Eliano*, entre otros sobre el famoso icneumón, que vivía en las orillas del Nilo y que era, junto a la hidra, el enemigo del cocodrilo y por ello acabó siendo símbolo de *Cristo*, pero fueron las abejas mucho más tratadas y representadas. Para las abejas, que tomadas por partenogénicas se asociaron desde antiguo a la virginidad, y por ende a la *Virgen*. Fue decisiva la aportación de *Isidoro de Sevilla*, en cuyas *Etimologías* (Libro 11, 4:3 y libro 12, 8:1-3) indica: “*Las abejas se originan por la transformación de la carne pútrida de las vacas. Las abejas deben su nombre... a que nacen sin pies (a-pes), solamente al cabo de un tiempo les crecen los pies y alas. Viven en lugares fijos, son diligentes en producir la miel, construyen sus casas con gran habilidad, recolectan la miel de las flores, tejen la cera para hacer sus hogares y albergar a sus muchos descendientes, tienen reyes y ejércitos con quienes emprenden guerras, huyen del humo, y les irrita el ruido. Los testigos dicen que nacen fuera de los cadáveres de los bueyes, y se generan en la carne de ganado muerto, cuyos gusanos se convierten en más adelante abejas. Por ello es correcto decir que las abejas nacen de los bueyes, como los avispones vienen de los caballos, los abejones de las mulas, y las avispas de los asnos*”, opiniones que nos traen muchos recuerdos de *Eliano*. Aunque resulte increíble, esta confusión entre ápidos y sírfidos se mantiene aún hoy día, tanto en la publicidad, como en el arte, incluso en el mundo editorial científico-divulgativo (Barbattini & Nicoli Aldini, 2010), y si quieren comprobarlo pásense por la sección de mieles de cualquier supermercado y miren las moscas en las etiquetas de sus envases, o reparen en la publicidad reciente de algún banco *on line* (¡no hemos aprendido en estos 5.000 años!).

Sobre otros dípteros, en el Libro II, 95 *Heródoto* dedica un párrafo a la forma que tenían los egipcios para evitar los mosquitos (Insecta, Diptera, Culicidae): “*Contra los mosquitos, que allí hay en gran número, han ideado lo siguiente: a aquellos que viven más allá de los pantanos les son útiles las torres, a las cuales suben para dormir. Pues a causa de los vientos, los mosquitos no pueden volar alto. Los que viven en la misma región de los pantanos han ideado lo siguiente como sustitución de las torres: cada uno de ellos dispone de una gran red, con la cual durante el día pesca peces. Por la noche usa de ella así: la coloca de modo que envuelva la cama en que él descansa, se escurra por debajo de la red y duerme envuelto de esta manera. Si uno duerme arropado por su vestido o por una sábana los mosquitos le pican a través de la tela; a través de la tela, ni siquiera lo intentan*”. Sin duda *Heródoto* tomó como red de pescar lo que se trataba de una simple mosquitera.

Sobre las larvas de moscas necrófilas, y refiriéndose a los egipcios (III, 16) anota: “*Entre los egipcios hay la consideración de que el fuego es una fiera viva que devora todo aquello a que pueda echar mano. Y cuando se ha hartado de comida se extingue juntamente con lo que ha devorado. De modo que en ninguna parte se da el uso de entregar los muertos a las fieras. Por eso los embalsaman, para evitar que tendidos ahí sean pasto de los gusanos*”.

Otra referencia de las larvas de moscas en relación con los muertos, y en este caso con cierta connotación moralista (vengativa) la ofrece al hablar de *Feretima*, la mujer de *Bato*, tras el asedio persa de la aldea libia de Barca (IV, 205): “*Todavía no había muerto y ya pululaban en ella los gusanos, porque en realidad cuando los humanos se vengán con excesiva violencia se tornan odiosos a los dioses*”. Semejantes pasajes aparecen con cierta frecuencia en los textos bíblicos, y ejemplo es el castigo que Dios manda contra *Herodes* (*Hechos*, 12, 23) “*Pero inmediatamente le hirió el ángel del Señor porque no había dado gloria a Dios, y convertido en pasto de gusanos, expiró*.”

HIMENÓPTEROS

Al margen de todo lo anteriormente dicho sobre los derivados de las abejas, existe en la obra que tratamos otras referencias a las abejas. Cita una referencia entre los tracios, a veces interpretada (traducida) como copos de nieve, que nos parece interesante reseñar (V, 10): “*Pero, como explican los tracios, las abejas ocupan las regiones más allá del Istro, y por culpa suya no es posible penetrar más hacia el interior. En lo que a mí se refiere, cuando dicen estas cosas hacen afirmaciones inverosímiles. Pues estos animales parecen muy sensibles al frío, y yo creo que las regiones situadas debajo de la Osa (ártico) son inhabitables precisamente por el frío. De modo que esto es lo que se cuenta acerca de este país*”. Algunos comentaristas han creído ver una confusión de *Heródoto* entre las abejas que cita y los copos de nieve que corresponden a las nevadas centroeuropeas. A nosotros nos parece plausible la versión apícola original, en la que las abejas ocupan medios más templados.

Otra referencia relacionada con las abejas merece citarse (V, 114) en relación al chipriota *Onésilo de Salamina*, hermano menor del rey *Gorgo* de Salamina, ambos hijos de *Quersis*, quien tras morir luchando por sus intrigas contra los persas le cortaron la cabeza que fue suspendida en las puertas de su ciudad. “*La cabeza pendía allí, ya se había vaciado: se estableció en ella un enjambre de abejas que hizo allí sus panales. Esto sucedió así, y los de Amatunte (que eran los que le cortaron la cabeza) habían recibido un oráculo sobre esta cabeza: que les prohibía bajarla y enterrarla*”. Se repite aquí de nuevo la vinculación que asocia las abejas y los cadáveres.

Al margen de todas las referencias directas e indirectas que hemos anotado sobre las abejas y sus derivados, hallamos otras referencias a otros himenópteros, y refiriéndose a los lotos del Nilo, dice: “*Hay así mismo lirios de otras clases, semejantes a las rosas, los cuales crecen igualmente en el río: estos lirios dan un fruto que nace en otro cáliz brotado en la raíz, semejante por su forma a un panal de avispas (Insecta, Hymenoptera, Vespidae)*” (II, 92). Debe referirse a la infrutescencia de *Nymphaea lotus*.

Sobre los magos persas (a diferencia de los hombres comunes, y quienes no mataban ningún ser animado, salvo los que ofrecían en sacrificio) indica que lo matan todo con sus

propias manos, a excepción de los perros y de los seres humanos, y atribuyen un gran mérito a matar, tanto da que sean hormigas como serpientes y los demás reptiles o volátiles (I, 140).

También, poco antes de la Batalla de las Termópilas, hace referencia al *Mirmex* (nombre común de la hormiga), escollo peligroso para la navegación que había sido señalado con una estela de piedra (VII, 183). Recordemos que existen muchas leyendas griegas que están relacionadas con estos insectos, así los *Myrmidones* que repoblaron la sagrada Isla de Egina (Aegina) tras la peste, no eran más que hormigas (Insecta, Hymenoptera, Formicoidea) que Zeus transformó tras el ruego que le hizo su hijo y rey de esta isla *Aeacus*.

Las hormigas adquirieron en el Mundo Helénico connotaciones divinas y transformadas en hombres por Zeus, adquirieron el conocimiento humano y fueron bravos guerreros seguidores de *Aquiles* en la Guerra Troyana, con 50 barcos con 50 *Myrmidones* en cada uno. Este hecho posee reminiscencias egipcias al relacionar las hormigas con la iniciación de los profanos a los conocimientos (hacerse humanos). Incluso el mismo Zeus, que tan acostumbrado nos tiene en transformarse en otras entidades para satisfacer sus humanas pulsaciones, nos dejó constancia de sus transformaciones en águila, toro o en cisne, también, aunque menos conocida, es su transformación en hormiga en Tesalia.

Ya que las hemos mencionado, citemos algunos mitos y leyendas de las hormigas en el Mundo Greco-Romano. Así *Ceres* era asociada y poseía como atributo la hormiga (*myrmêx*) y por ello se usaban en la adivinación. Muchos autores clásicos refieren a la hormiga en sus obras: *Aristóteles* la considera un insecto “político”, *Plutarco* las asocia con el coraje, la templanza y lo laborioso, comparando sus galerías con el *Laberinto de Creta* para evitar a los enemigos, y el mismo rey *Midas* fue alimentado de niño por los granos que les dejaban las hormigas en sus labios. *Aeliano* las asemeja a la organización militar, la economía doméstica y los enterramientos humanos y anota curiosas descripciones de sus órganos genitales, *Dio Chrysóstomo* (40-120 d.C.) las compara con las sociedades humanas, y *Aristófanes* o *Pherócrates* hacen graciosas alusiones comparándolas con las novedades que aportaba la nueva poesía.

NEURÓPTEROS

Aunque son reiterada- y literalmente citadas en la obra de *Heródoto* como “hormigas” (y probablemente se refirieran a pangolines o a marmotas cavadoras) y estos datos generaron, como veremos, una enorme cantidad de citas y referencias en el Mundo Clásico, acabaron en la Cristiandad derivando e interpretándose como hormigas león (Insecta, Neuroptera: Myrmeleontidae), mítico insecto del que ya hemos hablado sobradamente a partir de las fuentes herodotianas (Monserrat, 2010 a) y que ahora con mayor detalle, de nuevo citamos.

Anota *Heródoto*: “Otros indios son limítrofes de la ciudad de Caspatiro y de la región Páctica (estribaciones meridionales del Hindukusch en Afganistán)... ellos son los más belicosos; son precisamente éstos los que hacen salidas en busca de oro. Pues en estas tierras hay arena y en este desierto crecen hormigas que, desde luego, no llegan al tamaño de un perro, pero sí alcanzan el de una zorra, por cierto, en el palacio real de los persas (probablemente el zoológico de Susa) hay algunos ejemplares de ellas que han sido cazados aquí. Cuando estas hormigas excavan sus hormigueros sub-

terráneos extraen la arena exactamente igual a como lo hacen las hormigas entre los griegos. También por su aspecto son muy parecidas. Pero la arena que ellas extraen es aurífera. Precisamente en busca de esta arena los indios organizan sus salidas al desierto. Para ello aparejan una recua de tres camellos; en medio sitúan una hembra, delante, y detrás un macho encabestrado (III, 102). O sea que los indios están dispuestos así, y con un tal tiro, a la búsqueda de oro, y calculan que el robo coincida con la hora del calor más fuerte: entonces, por este calor, las hormigas se han hecho invisibles bajo tierra (III, 104). Y cuando los indios llegan, con sus sacos, al lugar que ellos ya saben, los llenan rápidamente de arena y desandan a toda prisa el camino, pues las hormigas los han oído y salen en su persecución. Esto es lo que los persas han contado siempre. Ellas ganan por piernas a cualquier otro animal. Ninguno de los indios lograría salvarse si, mientras las hormigas se concentran, ellos no les sacaran una ventaja. Y a lo largo de esta persecución sueltan a los camellos machos, que no pueden correr tanto como sus hembras, y los abandonan a las hormigas, pero no los dos a la vez, sino primero uno y después el restante” (III, 105).

No es la primera vez que se citaba este extraño y fantástico animal. El origen de este mito parece ser tibetano, y quizás este cuento fue traído por las caravanas que prosperaban entre el subcontinente indio y el Himalaya. La primera referencia es hindú y se citan en el *Mahābharata* (part. 1.000 a. C. – part. s. IV-V a. C.) en sánscrito, donde se habla de feroces hormigas que excavaban galerías en busca de oro. Esta leyenda llegó a Atenas hacia el s. VI a. C. y adjudicaba a una hormiga de un lejano y desconocido país la capacidad de extraer el oro de las minas. En los cuatro libros sobre remedios, talismanes, gemas, etc. *Koiranides* (o *Cyranides*) y bajo el vago nombre de *Hermes Trimegistus* (el primer texto griego donde se menciona este insecto y probablemente contemporáneo al *Physiologus*) en su volumen segundo, los cita como las (hormigas) más grandes, moteadas y aladas, carnívoras y poco longevas, como una de las siete especies de hormigas y las incluye entre los cuadrúpedos con las arañas, sugiriendo su metamorfosis. Para *Heródoto*, estas criaturas guardianas de oro en el desierto bactriano que, a modo de las hormigas griegas, tenían el tamaño entre un zorro y un perro y también las cita procedentes de India (donde ya existían leyendas similares con hormigas rojas cavadoras, probablemente pangolines) y afirmaba (III, 102) que el rey persa conservó algunos ejemplares, hechos que se reflejan en los relatos de *Megasthenes* (s. III a. C.) donde según su *Indika*, se trataba de un león (*myrmekoleon* en este caso) que habitaba en Etiopía o Babilonia (tenían el tamaño y el cuerpo de un zorro y atacaban a las personas con fiereza de un zorro y veremos reminiscencias de ello en los Bestiarios Medievales) y en sus *Historias* (3.102.1) indica que “habitan en las arenas cerca de la ciudad de Kaspatyros, en Paktyic, al norte de la India... y estas hormigas no son tan grandes como los perros, pero más grandes que los zorros. Viven bajo tierra, cavando en la arena de la misma manera que las hormigas en Grecia... y la arena que llevan a los agujeros está llena de oro que los habitantes recogen”.

Muy relacionada con estas leyendas que hemos citado también se conoce en sánscrito una historia sobre estas hormigas que cavan en busca de oro (*Pipilika* = hormiga de oro) en las llanuras del Tíbet o de Turquestán Oriental y aún en el s. XVI se comentaba que el *Shah de Persia* había enviado

alguna de estas “hormigas” al *Sultán Solimán* de Constantinopla (¿ratel, marmota, pangolín?) o quizás sea producto, híbrido como él, de la mezcla y confusión de diversos antiguos términos y relatos.

Posteriormente existen referencias sobre este mítico animal en *Aeliano* (c. 200 a. C.), *Agatharchides* (s. II a. C.) y *Artemidoro de Éfeso* (s.I a. C.) que las llamó *Myrmeko-león*. Para *Nearco de Creta*, general de *Alejandro* (s. IV a. C.) se trataba de un tipo de pantera que habitaba entre el Indo y el Tigris, y anotaba haber visto sus pieles, *Nicandrio* (*Ther.* 747) los llama *myrmekion* y *Estrabón* (c. 63 -19 a. C.) hace referencia de ellos en Arabia y Etiopía (*Geógraphikôn XV, i.44*) como *murmékôn*, y es citado por otros autores griegos anteriores a nuestra era (*Kallimakhos, Propertius*, etc.) y romanos, ya en nuestra era (*Flavio Arriano, Mela de Tingentera, Plinio, Cocceianus, Arriano, Luciano de Samosata, Aeliano, Solinus*, etc.), algunos citaremos más adelante, y son elementos que reflejan la magnitud de este mito.

En otros textos anónimos romanos del s. II (*Catálogo de seres monstruosos y maravillosos*) y especialmente a partir de textos de *Heródoto*, *Plinio* y otros como *De Natura Animalium* (200) de *Claudio Aeliano* (170 – 230 d. C.) y *Polyhistor* y *Collectanea rerum Memorabilium* de *Caius Lulius Solinus* (c. 230) lo describieron como un gran perro cavador con pies de león. Otros textos de *Philostratos* o *Estrabón* lo ubican en Arabia y lo describen con cabeza de león y patas de hormiga, y sobre todo en las *Metamorfosis* de *Ovidio*, los romanos invirtieron este sentido interpretando a *myrmekoleon* como una hormiga con cara de perro o de felino y así aparecen en algunos textos y bestiarios medievales como en el *Bestiario francés de Guillaume le Clerc* (s. XIII) que veremos más adelante. También *Eliano* en *Sobre los animales* (3,4) refiere “*El Myrmkes Indikoi*” (Hormiga India) que protegen el oro cerca del río Kamylinos y *Philostratus* (c. 200) en la *Vida de Apolonio de Tyana* (6,1) habla de ellos en el *Grypes* (*Griffins*) del Indo y de las hormigas de la *Aithiopes*, como guardianes del oro.

Es lógico que toda esta herencia griega-romana quedara reflejada en los textos zoológicos bizantinos que profusamente iluminados contendrán muchos elementos que aportarán a Occidente y al Cristianismo, y que fuera incorporado al ideario medieval, y que a pesar sus errores y del primitivismo de sus esquemas, ya esta incipiente Ciencia/ Zoología /Entomología, dejaba entrever, en algún caso, su visión de la mítica hormiga león y que toda esta información pasara a la Cristiandad. Por citar alguna referencia mencionemos que ya se cita en el *Septuagint* (nombre de las traducciones al griego de las Escrituras judías, originario de Alexandria y traducido entre 300-200 a. C. y de enorme influencia entre ellos) y en particular el pequeño *Libro de Job de Uz* (localidad entre los confines de Idumea y Arabia y autor desconocido del s. VI - V a. C., por cierto bastante revolucionario y rebelde, y sin duda conocedor de la tradición hebrea, pero seguro que influido por culturas orientales circundantes) donde hay dos veladas referencias que, sin citarla, insinúan a la hormiga león. En una (4: 28) cuando habla de leones, minas de oro y plata, remover montañas y hacer túneles para extraer toda clase de tesoros, elementos que hacen pensar sin duda parece que tuviera esta idea rondando en la cabeza. En la otra velada referencia (4: 11) se lee “*El viejo león perece por falta de presas y los cachorros de la leona se dispersan*” y que antiguas traducciones del hebreo (*lajish, layish*) al griego y latín

(ya argumentada y documentada por referencias de clásicos en *Hierozoicon* de *Samuel Bochart II*, col. 813, cap. IV de *De dubiis vel fabulosis animalibus* y citada en *Bibliorum Sacrorum Latinae versiones antiquae...* de *P. Sabatier*, vol. I) dieron los nombres de *myrmecoleon* o *myrmicoleon* (*Myrmicoleon perit, eo quod non habet escam, et catuli leonum divisi sunt ab invicem*)” a este tipo de león habitante de Etiopía, India y Golfo pérsico. Que sepamos es el único neuróptero que se “cita” en las *Sagradas Escrituras* y estas santas palabras tuvieron una transcendental influencia y generaron controversias en el Cristianismo y en el arte y literatura medieval (Gerhardt, 1965; Monserrat, 2010 a).

El tema fue acertadamente tratado en una de las obras medievales relacionadas con la Zoología que mayor influencia ejerció durante toda la Edad Media (también en Literatura y Artes Decorativas y su influencia llega hasta la actualidad). Nos referimos a las *Etimologías* (623) de *Isidoro de Sevilla* “*Isidorus hispalenses*” (570 - 636). En este texto, de la hormiga (y la hormiga león) dice (*Libro 12, 3: 9*) “*que tiene su nombre (formica) porque lleva los pedacitos (ferat micas) del grano. Prepara en el verano el alimento que necesitará en el invierno; en el tiempo de la cosecha escoge trigo pero no cebada. Si la lluvia moja su grano lo pone hacia fuera para secarse. Se dice que en Etiopía hay hormigas de aspecto como los perros que cavan y sacan hacia afuera granos del oro con sus pies y guardan este oro para que nadie pueda robarlo....*”, y este último elemento se conserva como remanente relacionado con las hormigas león, aunque con respecto al mitológico insecto que estamos tratando. *Isidoro de Sevilla* (*Etimologías, 12, 3: 10*) zanjó su dual interpretación asociándolo y fijándolo como *formicoleon* o “*león de las hormigas*”, y que desde entonces fue vinculado con las larvas de *Myrmecoleonidae* (Insecta, Neuroptera) que, enterradas en la arena, cazan hormigas con sus enormes mandíbulas y así asumió *Aldhelm de Malmesbury* (c. 640 – 709) en su *Enigmata* (xviii), *Rabanus Maurus* en su *Universo* (c. 844), *Hugo de San Víctor* en *De bestiis II, cap. 29* (s. XII), etc., y los que les siguieron, y estos insectos aún mantienen el nombre de hormiga león y muchos de los nombres con los que se han hecho referencia en estos textos se mantienen en algunos nombres genéricos de su actual taxonomía.

Ningún otro un invertebrado ha sido tratado en la literatura medieval con la profusión y la rica nomenclatura como la hormiga león y, a pesar de los errores arrastrados, este insecto sirve de excelente ejemplo sobre la génesis y evolución de la transformación de los primigenios cuentos en leyendas, de las leyendas en mitos, de los mitos en elementos ejemplarizantes/moralizantes y de estos a la lenta y progresiva observación objetiva de las cosas y al nacimiento de la Entomología contemporánea, y de cómo todo este historial (y con ello la obra de *Heródoto*) ha dejado su peso y su poso en la Cultura Occidental. Interesantes datos sobre la historia de este fabuloso y mítico insecto pueden ampliarse en Druce (1923), Gerhardt (1965), Davies & Kathirithamby (1986) y Kevan (1992).

ÁCAROS

Sobre la sarna, enfermedad / dermatitis ecto-parasitaria de la piel causada por varias especies de ácaros parásitos, llamados comúnmente arador de la sarna (Acari: Astigmata, *Choriotetes, Knemidokoptes, Notoedres, Otodectes, Psoroptes* o *Sarcoptes*, Acari: Prostigmata, *Cheyletiella, Demodex* o *Psorobia*), y que debía ser una afección muy extendida, pero que

por la sensibilidad griega es, junto a los piojos y otras indeseables dolencias que hemos citado, un tema poco atractivo y bajo su mentalidad, la obra de *Heródoto* es poco proclive a ahondar en este tipo de descripciones “desagradables”. Hay sin embargo alguna reseña, y así en el libro IV, 90 anota la existencia en Tracia de un río, el Téaro (afluente del actual río Ergene), cuyas aguas medicinales (termales y probablemente sulfurosas) curan a hombres y caballos, principalmente de la sarna.

ANIMALES FANTÁSTICOS NO ASIGNABLES CON SEGURIDAD A GRUPOS O ESPECIES DE ARTRÓPODOS CONOCIDOS

Ya hemos mencionado ciertos animales citados en la obra de *Heródoto* que no podemos asignar con seguridad a especies o grupos determinados. Sugerimos para algunos de ellos la posibilidad que pudieran tratarse de ciertos insectos.

Recordemos que como herencia asiática-indoeuropea, las terráneas y terrenales diosas femeninas de la Vieja Europa fueron poco a poco siendo sustituidas por celestiales y aladas deidades masculinas, y todo, o casi todo acabó teniendo alas, fueran Pegaso, Mercurio, las serpientes de Ceres o los caballos de Pélope, que permanecerán en el Cristianismo en sus ángeles y arcángeles, en el león de San Marcos o en el Espíritu Santo, al margen de todo tipo de orientales monstruos alados que caracterizan el Arte Medieval Europeo. Esto también afectó a los animales que nos ocupan, y son conocidas las referencias de escorpiones alados que, probablemente mezclados o confundidos con moscas escorpión: *Panorpa* (Mecoptera) o escorpiones de agua: *Nepa cynerea* (Hemiptera), son frecuentes en la bibliografía clásica (ej. *Claudio Eliano Nat. Anim.* IV, 43), y cuya influencia alcanzó el Renacimiento Europeo (ej.: Gesner, 1587: 185). Algo así aparece en la obra de *Heródoto*, donde hallamos algunas referencias sobre las “serpientes aladas” de Arabia (III, 107: “*pequeñas de cuerpo y figura, las hay en gran cantidad en cada árbol, son las que normalmente vuelan hacia Egipto*”, III: 109: “*las hay sólo en Arabia, en bandadas, pero en ninguna otra parte*”), datos que recuerdan vagamente a las langostas (Insecta, Orthoptera: Acrididae), animal devastador que hemos citado y está ampliamente recogido en la antigua literatura y textos sagrados de los pueblos agricultores, y de todos son conocidas la cantidad de referencias que sobre estos insectos aparecen y hemos citado en el *Antiguo Testamento*, por lo que no consideramos necesario profundizar sobre este tema, más que anotar esta posibilidad.

También de las “serpientes aladas” anota otra curiosa observación (III, 109: “*cuando se aparejan y copulan y el macho está en plena eyaculación, la hembra, al tiempo que él expulsa el semen, le agarra por el cuello, se lo va tragando y no para hasta matar a su macho*”) que nos recuerda a lo citado y mitificado entre las mantis (Insecta, Dictyoptera: Mantidae). Ya que se trata de un insecto mucho menos conocido y citado en la bibliografía etno-entomológica o cultural, permitamos el lector anotar algunos datos sobre este insecto en la antigüedad.

No disponemos de otras referencias presuntamente asignables a las mantis en Mesopotamia más que los listados de insectos que aparecen en sus textos: Así, en los textos del rey asirio *Ashurbanipal* (669 – 626 a. C.) descubiertos en Nínive y en particular las *Tablillas XI-XV* de la *Serie Har-ra Hubullu*, dan cuenta en Sumerio y Acadio (dentro de los 407 animales citados) de 121 nombres diferentes de insectos

agrupados en categorías similares a las que hoy conocemos (Odonata, Diptera, Hymenoptera, etc.), e incluso resulta muy interesante que alguna de estas listas incluyan de forma separada insectos nocivos para los cultivos o para los alimentos almacenados.

Sin embargo, si tenemos multitud de referencias de estos insectos entre los egipcios. Según se anota en el capítulo 125 del conocido *Libro de los muertos*, una *Mantis* transporta a *Osiris* a una sala para el juicio y un monstruo infernal *Aps-hait*, referido como cucaracha (Insecta, Dictyoptera: Blatidae) - más bien sea un curculiónido (Insecta, Coleoptera: Curculionidae) devorador de grano- donde el corazón del difunto transportado por *Anubis* era pesado (llamado por los griegos *psicostasia*) en una balanza, como prueba ante *Osiris* y su escriba *Thoth* para conocer si había llevado o no un comportamiento en su pasada vida acorde a la moralidad y normas exigidas. Por ello no es infrecuente su imagen en los textos, como el de la *Tumba de Ramsés II*, y a este insecto probablemente pertenezca la imagen del bajorrelieve de la *Pirámide de Saqqara* que más de una vez ha sido tendenciosamente asignada a una figura o ser extraterrestre. La mantis se asociaba a uno de los cuatro hijos de *Horus* (los otros tres a la abeja) y también existen referencias de ello en el pasaje de la ceremonia de apertura de la boca del citado *Libro de los muertos*. Dada su fragilidad nos han quedado pocas referencias, pero sabemos que incluso las mantis y los escarabajos eran momificados, incluidos en sus correspondientes ataúdes (enterramiento de *Ramsés II*) y, en ocasiones, acompañaban al ajuar funerario como un objeto más que le será “imprescindible” en la futura vida del fallecido.

Reminiscencias de este mítico y mortuorio animal egipcio pasaron al Mediterráneo y al Mundo Griego. Entre los minoicos, la profusión de artrópodos en sus sellos ya refleja la participación de estos animales en sus creencias y actividades y multitud de abejas, arañas, escorpiones, avispas, mariposas, mantis y cangrejos aparecen en ellos, y en un original sello de triple cara perteneciente al *Museo Arqueológico de Atenas* procedente del *Santuario de Artemisa* (s. VII – VI a. C.), diosa adivinatoria por excelencia, aparece un insecto (citado como mariposa pero que sería una abeja sin duda) y en otra de sus caras una mantis. Veremos ahora que la mantis para los griegos acabará asociada a la adivinación (*manteia*) y podemos hallar aquí el germen de esta creencia.

El Mundo Griego retomará esta entomológica vocación y con ella irán las mantis. Por citar algún ejemplo mencionemos a *Sófocles* que sugiere los dípteros al citar en *Edipo la Esfinge de Tebas* (que devora a los transeúntes) en una referencia simbólica al mosquito de la malaria (*Layo*) y el monstruo muere cuando *Edipo* resuelve secar los pantanos con drenaje (parricidio) y también compara las langostas con las harpías al citar los males de *Phineus*, rey de Tracia o *Esquilo* las refiere en *Philoctetes* y parece citar una mantis en *Lycurgos* o en *La Economía de Xenofón*, los postres ofrecidos en la *Mujer cretense* de *Eurípides*, el escarabajo pelotero de *La Paz* o *Las avispas* de *Aristófanes*, las referencias en las obras de *Hesiodo*, *Atheneo*, *Teócrito*, *Apolonio de Rodas*, *Hipponax*, y un largo etcétera.

La figura de la *Mantis religiosa* (*Mantis / Akris*) y también de la *Empusa pennata*, formaban parte de la mitología griega asociada a la adivinación (*manteia*). La creían un espíritu enviado por *Hécate* desde los más siniestros infiernos y está presente en muchas de sus fábulas y relatos asociada a

Artemisa, diosa de la riqueza, de la sabiduría, de la navegación, la magia, la hechicería y las encrucijadas, también se la relaciona con el Averno y con la princesa *Cassandra* por sus dotes adivinatorios, y para los jóvenes se la relaciona con el deseo carnal irrefrenable. Curiosamente *Teócrito* la describe como “la cantante sobre las cañas”.

Sus dotes adivinatorias parecen proceder de antiguas creencias mediterráneas que también hallamos en mitología e idioma hindú. El citado *Teócrito* la vincula con una anciana de Serifos (que *Hesiquio* refiere como *ojo del infierno*) que pueden tener que ver con toda la simbología con la que este insecto, que pasando por *La Divina Comedia* de *Dante* llega hasta nuestros días (como en el Surrealismo del s. XX). Su utilización en los augurios como orientadora del buen camino a seguir o para adivinar el sexo del niño por nacer era algunos de los motivos de su habitual utilización cotidiana, y su carácter demoníaco (el mal caía sobre cualquier animal u hombre que la mirase a los ojos) fue heredado por Roma, donde su mirada se consideraba causante de dolencias de origen desconocido, y este curioso insecto permanecerá entre las supersticiones europeas hasta bien pasada la Edad Media. Por todo ello no es infrecuente su imagen en monedas (*Metapontum* acuñada en plata en el sur de Italia c. 350 a. C.), sellos, como el anteriormente citado, y otros objetos griegos. También aparece (en figuras en cerámica, especialmente frecuentes en las realizadas en el s. V. a. C. en Atica, poseen una actitud oratoria y presentan sus brazos doblados en actitud “mantis”, como utilizará *Salvador Dalí* en la interpretación de sus *Angelus*).

Estas creencias fueron extendidas por los griegos por el Mediterráneo y reminiscencias de ello aparecen entre los etruscos, ya que su *Mantis Cacu* (*Caco* en griego) era un personaje apolíneo de la mitología etrusca que estaba al servicio de *Tarquino* y era adivino o profeta (*mantis*), elementos que pasarán a Roma y heredarán el Cristianismo. Animal totémico por excelencia que está presente en leyendas y mitos de casi todas las culturas del mundo, su relación con lo divino, adivinatorio o profético posee reminiscencias en nuestra mitología popular que orienta a los niños perdidos entre los cristianos o hacia la Meca entre los musulmanes, y no vano se la llama *plegadeu* entre los catalanes y *priedieu* entre los franceses.

Consideraciones finales

Visto desde nuestra actual perspectiva, es lógico que la obra de *Heródoto* la veamos cargada de errores en las fechas, medidas, distancias y/o también de errores geográficos (se consideraba a Europa del mismo tamaño que Asia + Libia = África juntas, o que Cerdeña era la mayor isla del Mediterráneo), habida cuenta de los datos que entonces se disponía sobre el mundo conocido y, por ejemplo, sin creer en la esfericidad de la tierra, resulta “divertida” su extrañeza cuando describiendo la primera circunvalación conocida del continente africano realizada por navegantes fenicios bajo la orden del rey *Neco*

de Egipto, le llamaba la atención que estos navegantes vieran el sol por la izquierda cuando antes (de pasar por el Cabo de Buena Esperanza) lo veían por derecha (IV, 42), así como algunas apreciaciones “lógicas” e ingenuas que hoy nos hacen sonreír, como que por ser la India el país del orbe conocido situado más hacia el oriente (el último país oriental habitado, el más lejano hacia el este) pensaba *Heródoto* que se hallaba pues más cerca del sol al amanecer, hora más tórrida allí y, consecuentemente, más lejos del sol al atardecer, hora que llega a hacer verdadero frío (III, 104, 106), y así podrían referirse otros muchos errores conceptuales (veremos lo que dirán sobre mucho de lo que hoy día creemos cuando, si llegamos y no hemos hecho definitivamente inhabitable nuestro planeta, hayan pasado otros 2.500 años...).

También son numerosos los elementos erróneos que, por lógica, o no tenía por qué saber, o eran historias contadas como verosímiles. Por citar alguna referente a hombres, animales o plantas: “*El semen que ellos depositan en las mujeres (de los indios) no es blanco, como el de los demás hombres, sino que es negro como su piel. Un semen así lo tienen también los etíopes*” (III, 101). “*La leona... sólo alumbra una vez en su vida, y un único cachorro, pues cuando alumbra expulsa no sólo al cachorro, sino también su matriz*” (III, 108). “*La canela crece en un lago profundo*” (III, 110). O cita, de gran repercusión posterior, seres fantásticos como los escitas arimaspas (hombres que tienen un único ojo que roban oro a los grifos, III, 116, IV, 13), hombres escitas que nacen calvos o tienen pezuñas de cabra (IV, 23, 25), los cinocéfalos sin cabeza de Libia que tenían los ojos en el pecho (IV, 191), etc. Lógicamente también estos errores afectaron a los artrópodos que menciona, desde la constitución de las colonias de abejas (con rey y no reina) a su origen a partir de bueyes muertos.

En cualquier caso, y como decíamos al principio, el conocimiento humano se ha ido generando con pequeñas grandes aportaciones que nos han traído hasta aquí, y la obra de *Heródoto* es un excelente ejemplo que hay que valorar con reconocimiento, respeto y admiración.

Después de este paseo por la entomología griega clásica a través de la obra herodotiana es fácil de entender cómo se veían los artrópodos cinco siglos antes de nuestra era, de cómo algunas cosas han cambiado mucho y de cómo otras no han cambiado prácticamente nada. En definitiva seguimos siendo quienes / como somos, y los artrópodos siguen siendo como / lo que son. Y ahí seguimos, hombres y “bichos”, en este juego amor-odio sin principio ni final.

Sirva pues esta contribución como homenaje a *Heródoto*, a través de la cual hemos pretendido no solo exponer la pormenorización de los elementos arthropodianos en su obra, sino la situación de estos elementos en el contexto cultural en el que fueron escritas, así como, en algunos casos, comentar la repercusión que su obra tuvo en el desarrollo y evolución del ideario entomológico en Occidente, y de cómo, a pesar de los avances, las ideas y los conceptos retienen una enorme parsimonia y mantienen un fuerte arraigo en nuestras cartesianas creencias y tradiciones.

Bibliografía citada

- ALONSO NÚÑEZ, J. M. 1987. Herodotus on the Far West, *L'Antiquité Classique* **56**: 243-249.
- BALASCH, M. 2008. *Heródoto*. Historia, Cátedra, Letras Universales, Madrid, 935 pp.
- BARAGWANATH, E. 2008. *Motivation and narrative in Herodotus*, Oxford University Press, 374 pp.
- BARBATTINI, R. & R. NICOLI ALDINI 2010. Le "false api" nell'arte, nell'editoria, nella pubblicità, *Apitalia* **10**: 35-39, **11**: 35-38.
- CAMBEFORT, Y. 1987. Le scarabée dan l'Egypte ancienne. Origine et signification du symbole. *Revue d'Histoire des Religions*, **204**, 1: 3-46.
- CAMBEFORT, Y. 1994a. *La Scarabée et les dieux. Boubée*, Paris, Mondeville, 224 pp.
- CAMBEFORT, Y. 1994b. *Beetles as Religious Symbols*. Disponible on line en: http://www.insects.org/ced2/beetles_rel_sym.html
- CHERRY, R. H. 1985. Insects as Sacred Symbols in Ancient Egypt, *Bull. Ent. Soc. Am.*, **31**(2): 14-16.
- CRANE, E. 1983. *The archaeology of beekeeping*, Duckworth, London, 360 pp.
- CRANE, E., 1999. *The World History of beekeeping and Honey Hunting*, Duckworth, London, 682 pp.
- DAVIES, M. & J. KATHIRITHAMBY 1954. *Greek Insects*, Duckworth, London, 211 pp.
- DRUCE, G. C. 1923. An Account of the Myrmecolion or ant-lion, *The Antiquaries Journal*, **3**: 347-364.
- EVANS, J. A. S. 1991. *Herodotus explorer of the past. Three Essays*, Princeton, New Jersey, 166 pp.
- FERNÁNDEZ GALIANO, M. 1951. *Heródoto*, Labor, Barcelona, 231 pp.
- FRASER, H. M. 1951. *Beekeeping in Antiquity*, University of London, London, 145 pp.
- GARCÍA GONZÁLEZ, J. A. 2007. *Heródoto y la ciencia de su tiempo*, Universidad de Málaga, Málaga, 537 pp.
- GERHARDT, M. 1965. The Ant-Lion, Nature study and the interpretation of a biblical text, from the Physiologus to Albert the Great, *Vivarium*, **3**: 1-23.
- GESNER, C. 1587. *Historia animalium*, Liber V. Tiguri in Off. Froscoviana, Zürich, 202 pp.
- GIL, L. 1985. La historiografía griega, *Historia* **16**, **105**: 104-118.
- GRANT, M. 1970. *The ancient historians*, Weidenfeld & Nicolson, London, 486 pp.
- HEARN, L. 1926. *Insect and Greek Poetry*, Rudge, New York, 21 pp.
- JEANSON, E. 1995. Le scarabée soleil de l'Egypte ancienne. *Science Illustrée*, **10**: 54-55.
- KAPUSCINSKI, R. 2007. *Viajes con Heródoto*, Anagrama, Barcelona, 308 pp.
- KEIL, H. 1951. The louse in Greek Antiquity, *Bulletin of the History of Medicine* **25**, 4: 305-323.
- KEVAN, D. K. MCE. 1992. Antlion ante Linné: [*Myrmekoleon*] to *Myrmeleon* (Insecta: Neuroptera: Myrmeleonidae). En: Current Research in Neuropterology. *Proceedings of the Fourth International Symposium on Neuropterology [Symposium held in Bagnères-de-Luchon, France]*, 1991, M. Canard, H. Aspöck, and M. W. Mansell, eds., pp. 203-232, Toulouse.
- KRITSKY, G. 1991. Beetle gods of ancient Egypt, *Am. Entomol.*, **37**(2): 85-90.
- KRITSKY, G. 1993. Beetle Gods, King Bees and Other Insects of Ancient Egypt, *KTM*, **4**: 32-39.
- LACARRIERE, J. 1973. *Herodoto y el descubrimiento de la tierra*, Espasa-Calpe, Madrid, 244 pp.
- LACARRIERE, J. 1986. *De paseo con Heródoto: Viajes a los extremos de la tierra*, Fondo de Cultura Económica, México, 522 pp.
- LATEINER, D. 1989. *The historical method of Herodotus*, University of Toronto, Toronto, 319 pp.
- LURAGHI, N. 2003. *The historian's craft in the age of Herodotus*, Oxford University Press, 352 pp.
- MARTÍN-PIERA, F. 1997. Escarabajos sagrados, *Boletín de la Sociedad Entomológica Aragonesa*, **20**: 327-330.
- MONSERRAT, V. J. 2009. Los artrópodos en la Historia y en el Arte de la Ciudad de Venecia, *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **44**: 603-628.
- MONSERRAT, V. J. 2010 a. Los neurópteros (Insecta: Neuroptera) en el arte, *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **46**: 635-660.
- MONSERRAT, V. J. 2010 b. Los artrópodos en la Historia y en el Arte de la Ciudad de Florencia, *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **47**: 499-549.
- MONSERRAT, V. J. 2011. Sobre los artrópodos en los inicios de la abstracción y la figuración humana, *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **48**: 1-45.
- MYRES, J. L. 1968. *Herodotus Father of History*, Claredon Press, Oxford, 315 pp.
- POWELL, J. E. 1967. *The History of Herodotus*, Hakkert, Amsterdam, 96 pp.
- RATCLIFFE, B. C. 2006. Scarab Beetles in Human Culture, *Coleopterists Society Monograph*, **5**: 85-101.
- REINHARDT, K. 1966. *Vermächtnis der Antike: gesammelte Essays zur Philosophie und Geschichtsschreibung*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen.
- SCHLÖGL, A. 2000. *Herodoto*, Aldebarán, Madrid, 252 pp.
- SELINCOURT, A. DE 1963. *The world of Herodotus*, Secker & Warburg, London, 392 pp.
- SWIFT, R. H. 1931. The sacred beetles of Egypt, *Bull. Southern California Academy of Sciences*, **30**: 1-14.
- THOMAS, R. 1997. Ethnography, proof and argument in Herodotus Histories, *Proceedings of Cambridge Philological Society*, **93**: 128-198.
- THOMAS, R. 2000. *Herodotus in context: ethnography, science, and the art of persuasion*, Cambridge University Press, Cambridge, 321 pp.